

# Nicolás Guillén

**PALABRAS  
EN EL TRÓPICO**



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA



# **Palabras en el trópico**

## **Antología**

### **Nicolás Guillén**

**Selección de Norberto Codina  
y Nicolás Hernández Guillén**



1.<sup>a</sup> edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

*Palabras en el trópico. Antología Nicolás Guillén*

© Norberto Codina

© Nicolás Hernández Guillén

CORRECCIÓN

Héctor González

DISEÑO DE PORTADA

Ennio Tucci

DIAGRAMACIÓN

Sonia Velásquez

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización

El Silencio, Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 0212) 485 0444

[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000652

ISBN 978-980-01-2516-8

## Palabras al lector

Una antología es siempre una arbitrariedad. El lector, si conoce la obra del autor antologado, con todo derecho hallará textos injustificadamente excluidos y otros que en su opinión no vale la pena que integraran la selección.

Ese es el privilegio y el riesgo de todo antologador. Al final lo cierto es que, Norberto Codina y yo hemos escogido los poemas que más nos gustan de la extraordinaria obra poética de Nicolás Guillén, atendiendo a las restricciones de espacio que nos marcara el editor.

Pero hay algo singular en compilar para el lector venezolano una antología poética de Nicolás Guillén y es el vínculo cercano prolongado en el tiempo, el conocimiento profundo de la historia, la geografía y la cultura del país y el afecto irrenunciable, que ligaron a Guillén con Venezuela, sus grandes intelectuales y las aspiraciones máspreciadas de la nación venezolana.

En noviembre de este año se cumplirá el 80 aniversario de la primera y prolongada visita del poeta a Venezuela, antecedida por la amistad que ya compartía con Vicente Gerbasi, Andrés Eloy Blanco y Miguel Otero Silva, quien fuese el gestor de la visita desde su posición de copropietario y jefe de redacción de *El Nacional* de Caracas.

La compilación que ofrecemos incluye los siete textos poéticos que Guillén escribiera durante esta estancia. Están también presentes, otros seis textos que diera a conocer desde las páginas de *El Nacional* en años subsiguientes. Pienso que más allá de este inobjetable vínculo, el lector apreciará que, por la naturaleza de los temas que aborda, los tonos de su poesía, su posicionamiento frente a los problemas, comunes en verdad, que enfrentaron

nuestros países en su tiempo, la poesía de Nicolás Guillén le pertenece también a Venezuela.

En esta antología el lector encontrará los versos que dieron lugar a la extraordinaria popularidad de que gozó Guillén entre los lectores de habla hispana y particularmente los lectores latinoamericanos, desde sus precursores *Motivos de son*, los magníficos versos mulatos de *Sóngoro cosongo*, el antimperialismo de *West Indies Ltd*, los textos magistrales de *El son entero*, sus tremendas *Elegías*, hasta la hiriente nostalgia y la beligerancia de los poemas de *La paloma de vuelo popular*.

Pero cuando el lector tenga el libro en sus manos seguramente se percatará de que la antología se inicia y concluye con poemas de amor. No lo planeamos así, simplemente ocurrió. Es que el amor es uno de los grandes asuntos de la obra y la vida de Nicolás Guillén. Entre los poemas que escribiera durante su primera visita a Venezuela figura «Rosa tú, melancólica», texto imprescindible en cualquier compilación de sus mejores poemas. Está dedicado a Rosa Portillo Mata, su compañera de toda la vida, mi abuela, que no lo pudo acompañar desde el inicio del viaje. Más que lo merecía.

A ella está dedicada esta antología.

Para Raúl Cazal y Monte Ávila Editores Latinoamericana nuestro renovado agradecimiento,

NICOLÁS HERNÁNDEZ GUILLÉN

**POEMAS INICIALES**  
***CEREBRO Y CORAZÓN***  
**(1922)**





## La balada azul

Frente al mar, viendo las olas  
la quieta orilla besar,  
los dos muy juntos, muy juntos  
cual no estaremos jamás,  
ella me dijo: —Quisiera  
ser ola blanca del mar  
y en su cristal peregrino  
lucir mi fino cristal.

O ser el mar, que se mece  
del aire al suave compás,  
por donde en gentil carrera  
saltando las olas van...

Y bajo el cielo sin nubes,  
junto a la orilla del mar,  
prendíle un beso en los labios  
y con amoroso afán,  
estrechándole le dije:  
—Mi bien, yo quisiera más;  
ser mar, si tú fueras ola,  
ser ola si fueras mar.

En el jardín donde el céfiro  
dice su blanda canción,  
al pie de la fuente clara

juntos, muy juntos los dos,  
ella me dijo: —Quisiera  
ser lirio pleno de olor,  
que al pasar, besara el aire,  
que al brillar, besara el sol.  
O ser el sol, que derrama  
con ardorosa pasión,  
oro hirviente en cada lirio  
que en los jardines brotó...  
Y en el jardín donde el céfiro  
dice su blanda canción,  
prendíle un beso en los labios  
como quien prende una flor,  
y estrechándole le dije:  
—Mi bien, más quisiera yo;  
ser sol, si tú fueras lirio,  
ser lirio, si fueras sol...

En el cementerio, triste  
como un enfermo pensil,  
su cuerpo tibio y fragante  
cerca, muy cerca de mí,  
(mientras Céfiro en las frondas  
afinaba su violín,  
para llorar a la Tarde  
que acababa de morir),  
ella me dijo: —Quisiera  
descansar por siempre aquí,

bajo esta tumba florida  
serenamente dormir.  
Y en el cementerio, triste  
como un enfermo pensil,  
estrechándole le dije:  
—Mi bien, yo siempre pedí  
ser blanca cruz en la tumba  
donde dormirás por fin,  
para estar, aun en la muerte,  
cerca, muy cerca de ti...



**OTROS POEMAS INICIALES**  
(1922)



## Al margen de mis libros de estudio

### I

Yo, que pensaba en una blanca senda florida,  
donde esconder mi vida bajo el azul de un sueño,  
hoy pese a la inocencia de aquel dorado empeño,  
muero estudiando leyes para vivir la vida.

Y en vez de una alegría musical de cantares,  
o de la blanca senda constelada de flores,  
aumentan mis nostalgias solemnes profesores  
y aulas llenas de alumnos alegres y vulgares.

Pero asisto a las clases puntualmente. Me hundo  
en la enfática crítica y el debate profundo:  
Savigny, Puchta, Ihering, Teófilo, Papiniano.

Así llenan y cubren esta vida que hoy vivo  
la ciencia complicada del Administrativo  
y el libro interminable del Derecho Romano.

### II

Luego, en el mes de junio, la angustia del examen.  
Pomposos catedráticos en severos estrados,

y el anónimo grupo de alumnos asustados  
ante la incertidumbre tremenda del dictamen

que juzgará el prestigio de su sabiduría...  
Aplaudir aquel triunfo que talento pregona,  
y mirar cómo a veces el dictamen corona  
con un sobresaliente una testa vacía.

Deshogar cuatro años esta existencia vana,  
en que París es sueño y es realidad La Habana;  
gemir atado al poste de la vulgaridad,

y a pesar del ensueño de luz en que me agito,  
constreñir el espíritu sediento de infinito  
a las angostas aulas de una Universidad.

### III

¿Y después? Junto a un título flamante de abogado,  
irá el pobre poeta con su melancolía  
a hundirse en la ignorancia de alguna notaría  
o a sepultar sus ansias en la paz de un juzgado.

Lejos del luminoso consuelo de la rosa,  
de la estrella, del ave, de la linfa, del trino,  
toda la poesía en mi anhelo divino  
será un desesperante montón de baja prosa.



Y pensar que si entonces la idealidad de un ala  
musical en la noche de mi pecho resbala  
o me cita la urgente musa del madrigal,

tendré que ahogar, señores, mi lírica demencia  
en los considerandos de una vulgar sentencia  
o en un estrecho artículo del Código Penal...



***POEMAS DE TRANSICIÓN***  
**(1920-1930)**



## La voz desconocida

Hay una voz distinta de la que siempre oímos:  
un golpe que no suena, vibra raramente  
dentro de nosotros mismos.  
¿No observáis cómo en las películas  
siempre identificamos  
(allá en el fondo de nuestras sensaciones)  
el ruido de un martillo  
que martiriza un clavo,  
la tos de un automóvil y el ronquido  
de un aeroplano?

Los psicólogos  
seguramente explican el fenómeno.

En mí produce una emoción extraña,  
salvaje, rudimentaria,  
ver los golpes muy lejanos,  
o los que no pueden oírse,  
para sentirlos luego caer dentro de mí mismo  
y vibrar como en un oído.

## Tu recuerdo

Siento que se despega tu recuerdo  
de mi mente, como una vieja estampa;  
tu figura no tiene ya cabeza  
y un brazo está deshecho, como en esas  
calcomanías desoladas  
que ponen los muchachos en la escuela  
y son después, en el libro olvidado,  
una mancha dispersa.

Cuando estrecho tu cuerpo  
tengo la blanda sensación de que está hecho de estopa.  
Me hablas, y tu voz viene de tan lejos  
que apenas puedo oírte. Además ya no te creo.  
Yo mismo, ya curado  
de la pasión antigua,  
me pregunto cómo fue que pude amarte,  
tan inútil, tan vana,  
tan floja que antes del año  
de tenerte en mis brazos  
ya te estás deshaciendo  
como un jirón de humo;  
y ya te estás borrando como un dibujo antiguo,  
y ya te me despegas de la mente  
como una vieja estampa.

## Piedra pulida

Vendrás cuando el camino te haya dado  
su secreto, su voz.

Cuando —piedra pulida—  
estés desnuda de ti misma,  
y tengas la boca amarga,  
y apenas te saluden las horas,  
cruzadas de brazos.

Entonces, ya no podré hablarte,  
porque estarás más sorda que nunca;  
pasarás solamente  
rodando hacia el abismo:  
te veré hundirte en él,  
sonora de saltos  
y esperaré que suba  
la última resonancia, el postrer eco,  
piedra pulida,  
desnuda de ti misma.

## Canción filial

Padre: lo único cierto  
es que tú no estás muerto.

Otros, tienen sus dioses, sus amigos lejanos;  
otros tienden las manos  
abiertas hacia verdes promesas imposibles,  
y esperan, recostados sobre la piedra dura  
de la paciencia, el pan de la dicha futura  
y el agua de venturas risibles.  
Están sobre el camino polvoriento  
deshojando sus preces en el viento;  
lamiendo las sandalias de las vírgenes,  
encendiéndoles velas a los santos  
y adulando una suerte de seres vengativos  
a quienes, desde luego,  
les da lo mismo, en suma, ser amables o esquivos.  
(Eso, si es que conocen todos nuestros quebrantos.)

Yo no. Yo sólo tengo  
tu sombra inteligente;  
tu sombra, que vigila  
con atenta pupila  
todas las tempestades que rugen tras mi frente;



tu sombra, que me enseña las sendas en la Senda;  
la que lleva mi potro cerrero de la brida;  
la que acampa conmigo después junto a mi tienda  
y mis camellos y tesoros cuida.

Quizás no sepas, padre, que cuando tú partiste  
yo empezaba a ser triste.

Ya estaba frente al vasto pizarrón de las cosas,  
con su sistema de ecuaciones odiosas,  
la tiza que me diste, en la mano,  
y la frente fruncida,  
tratando de arrancarle, en vano,  
su incógnita a la Vida.

Pero yo sé que ahora me estás viendo, querido,  
Sé que estás a mi lado,

seguramente empeñado  
en que aprovechemos el tiempo perdido.

Por eso eres, padre, el único a quien pido.

Lo que yo quiero es esto

(bien poco; ya tú sabes que siempre fui modesto):

Tú, que no duermes, vela mi pobrecito sueño;  
tú, que eres fuerte, dame tu ayudita en la carga;  
tú, que eres ágil sobre tu propia senda larga,  
ponme fibras de amianto para mi duro empeño.

Hazme franco, sencillo, luminoso, risueño,  
ya si el placer me aniña, ya si el dolor me embarga;

vierte tu miel de abejas sobre mi copa amarga  
¡y sobre todo, padre, hazme mi propio dueño!

Tenme siempre a tu lado como antes me tenías,  
disimula mis faltas, vibra en mis alegrías;  
cuida de que nos dure para siempre mamá.

Envuélveme en ti mismo, ya que no puedo verte,  
y espérame en la hora confusa de la muerte  
para que me acompañes...  
¡Hasta luego, papá!

***MOTIVOS DE SON***  
(1930)



## Negro Bembón

¿Po qué te pone tan brabo,  
cuando te disen negro bembón,  
si tiene la boca santa,  
negro bembón?

Bembón así como ere  
tiene de to;  
Caridá te mantiene,  
te lo da to.

Te queja todavía,  
negro bembón;  
sin pega y con harina,  
negro bembón,  
majagua de dril blanco,  
negro bembón;  
sapato de do tono,  
negro bembón...

Bembón así como ere,  
tiene de to;  
Caridá te mantiene,  
te lo da to.

## Mulata

Ya yo me enteré, mulata,  
mulata, ya sé que dise  
que yo tengo la narise  
como nudo de cobbata.

Y fíjate bien que tú  
no ere tan adelantá,  
poqqe tu boca e bien grande,  
y tu pasa, colorá.

Tanto tren con tu cuerpo,  
tanto tren;  
tanto tren con tu boca,  
tanto tren;  
tanto tren con tu sojo,  
tanto tren.

Si tú supiera, mulata,  
la veddá;  
¡que yo con mi negra tengo,  
y no te quiero pa na!

## Si tú supiera...

¡Ay, negra  
si tú supiera!

Anoche te bi pasá  
y no quise que me biera.

A é tú le hará como a mí,  
que cuando no tube plata  
te corrite de bachata,  
sin acoddadte de mí.

Sóngoro cosongo,  
songo bé;  
sóngoro cosongo  
de mamey;  
sóngoro, la negra  
baila bien;  
sóngoro de uno  
sóngoro de tre.

Aé,  
bengan a be;  
aé,  
bamo pa be;  
bengan, sóngoro cosongo,  
sóngoro cosongo de mamey!

## Sigue...

Camina, caminante,  
sigue;  
camina y no te pare,  
sigue.

Cuando pase po su casa  
no le diga que me bite:  
camina, caminante,  
sigue.

Sigue y no te pare,  
sigue:  
no la mire si te llama,  
sigue;  
acuéddate que ella e mala,  
sigue.



## Hay que tené boluntá

Mira si tú me conose,  
que ya no tengo que hablá:  
cuando pongo un ojo así,  
e que no hay ná;  
pero si lo pongo así,  
tampoco hay na.

Empeña la plancha eléctrica,  
pa podé sacá mi flú;  
buca un reá,  
buca un reá,  
cómprate un paquete` vela  
poqqe a la noche no hay lu.

¡Hay que tené boluntá,  
que la salasión no e  
pa toa la bida!

Camina, negra, y no yore,  
be p'ayá;  
camina, y no yore, negra,  
ben p'acá;  
camina, negra, camina,  
¡que hay que tené boluntá!

## Búcate plata

Búcate plata,  
búcate plata,  
poqqe no doy un paso má:  
etoy a arró con galleta,  
na má.

Yo bien sé cómo etá to,  
pero biejo, hay que comé:  
búcate plata,  
búcate plata,  
poqqe me boy a corré.

Depué dirán que soy mala,  
y no me quedrán tratá,  
pero amó con hambre, biejo,  
¡qué ba!

Con tanto sapato nuevo,  
¡qué ba!  
Con tanto reló, compadre,  
¡qué ba!  
Con tanto lujo, mi negro,  
¡qué ba!

## Mi chiquita

La chiquita que yo tengo  
tan negra como é,  
no la cambio po ninguna,  
po ninguna otra mujé.

Ella laba, plancha, cose,  
y sobre to, caballero,  
¡cómo cosina!

Si la bienen a buca  
pa bailá,  
pa comé,  
ella me tiene que llebá,  
o traé.

Ella me dise: mi santo,  
tú no me puede dejá;  
bucamé,  
bucamé,  
bucamé,  
pa gosá.

## Tú no sabe inglés

Con tanto inglés que tú sabía,  
Bito Manué,  
con tanto inglés, no sabe ahora  
desí ye.

La mericana te buca,  
y tú le tiene que huí:  
tu inglés era de etrái guan,  
de etrái guan y guan tu tri.

Bito Manué, tú no sabe inglés,  
tú no sabe inglés,  
tú no sabe inglés.

No te enamore má nunca,  
Bito Manué,  
si no sabe inglés,  
si no sabe inglés.

***SÓNGORO COSONGO***  
(1931)



## Prólogo

¿Prólogo? Sí. Prólogo...

Pero nada grave, porque estas primeras páginas deben ser frescas y verdes, como ramas jóvenes.

Realmente, yo soy partidario de colocar los prólogos al final, como si fueran epílogos. Y en todo caso, dejar los epílogos para los libros que no tengan prólogo.

Por otra parte, un prólogo ajeno tiene cierta intención provisional de cosa prestada. Después de impreso el libro, el autor que le puso al comienzo unas líneas del amigo debe vivir con el sobresalto que este se las pida:

—Dice Menéndez que cuando usted termine con el prólogo, se lo mande...

Y a lo mejor, es para emplearlo en otra obra. Para presentárselo a otro amigo.

Mi prólogo es mío.

Puedo decir, pues —aclarado lo anterior— que me decido a publicar una colección de poemas en virtud de tenerlo ya escritos. En esto soy un poco más honrado que ciertos autores cuando anuncian sus obras sin haber redactado una línea de ellas. Casi siempre, dicho anuncio aparece en el primer libro, con un título lleno de goma: «Obras en preparación». Y en seguida, una lista que comprende varios tomos de poesías, crítica, teatro, novela... Todo un mundo de aspiraciones, pero con muy cortas alas para el vuelo.

No ignoro, desde luego, que estos versos les repugnan a muchas personas, porque ellos tratan asuntos de los negros y del pueblo.

No me importa. O, mejor dicho: me alegra. Eso quiere decir que espíritus tan puntiagudos no están incluidos en mi temario lírico. Son gentes buenas, además. Han arribado penosamente a la aristocracia desde la cocina, y tiemblan cuando ven un caldero.

Diré finalmente que estos son unos versos mulatos. Participan acaso de los mismos elementos que entran en la composición étnica de Cuba, donde todos son un poco nísperos. ¿Duele? No creo. En todo caso, precisa decirlo antes de que lo vayamos a olvidar. La inyección africana en esta tierra es tan profunda, y se cruzan y recruzan en nuestra bien regada hidrografía social tantas corrientes capilares, que sería trabajo de miniaturista desenredar el jeroglífico.

Opino por tanto que una poesía criolla entre nosotros no le será de un modo cabal con olvido del negro. El negro —a mi juicio— aporta esencias muy firmes a nuestro cóctel. Y las dos razas que en la Isla salen a flor de agua, distantes en lo que se ve, se tienden un garfio submarino como esos puentes hondos que unen en secreto dos continentes. Por lo pronto, el espíritu de Cuba es mestizo. Y del espíritu hacia la piel nos vendrá el color definitivo. Algún día se dirá «color cubano».

Estos poemas quieren adelantar ese día.

N. G.

La Habana, 1931



## Llegada

¡Aquí estamos!

La palabra nos viene húmeda de los bosques,  
y un sol enérgico nos amanece entre las venas.  
El puño es fuerte  
y tiene el remo.

En el ojo profundo duermen palmeras exorbitantes.  
El grito se nos sale como una gota de oro virgen.  
Nuestro pie,  
duro y ancho,  
aplasta el polvo en los caminos abandonados  
y estrechos para nuestras filas.  
Sabemos dónde nacen las aguas,  
y las amamos porque empujaron nuestras canoas bajo los  
[cielos rojos.

Nuestro canto  
es como un músculo bajo la piel del alma,  
nuestro sencillo canto.

Traemos el humo en la mañana,  
y el fuego sobre la noche,  
y el cuchillo, como un duro pedazo de luna,  
apto para las pieles bárbaras;  
traemos los caimanes en el fango,

y el arco que dispara nuestras ansias,  
y el cinturón del trópico,  
y el espíritu limpio.

Traemos  
nuestro rasgo al perfil definitivo de América.

¡Eh, compañeros, aquí estamos!  
La ciudad nos espera con sus palacios, tenues  
como panales de abejas silvestres;  
sus calles están secas como los ríos cuando no llueve en  
[la montaña,  
y sus casas nos miran con los ojos pávidos de las  
[ventanas.

Los hombres antiguos nos darán leche y miel  
y nos coronarán de hojas verdes.  
¡Eh, compañeros, aquí estamos!  
Bajo el sol  
nuestra piel sudorosa reflejará los rostros húmedos de los  
[vencidos,  
y en la noche, mientras los astros ardan en la punta de  
[nuestras llamas,  
nuestra risa madrugará sobre los ríos y los pájaros.

## La canción del bongó

Esta es la canción del bongó:

—Aquí el que más fino sea,  
responde, si llamo yo.

Unos dicen: Ahora mismo,  
otros dicen: Allá voy.

Pero mi repique bronco,  
pero mi profunda voz,  
convoca al negro y al blanco,  
que bailan el mismo son,  
cueripardos y almiprietos  
más de sangre que de sol,  
pues quien por fuera no es noche,  
por dentro ya oscureció.

Aquí el que más fino sea,  
responde, si llamo yo.

En esta tierra, mulata  
de africano y español  
(Santa Bárbara de un lado,  
del otro lado, Changó),  
siempre falta algún abuelo,  
cuando no sobra algún Don  
y hay títulos de Castilla  
con parientes en Bondó:

vale más callarse, amigos,  
y no menear la cuestión,  
porque venimos de lejos,  
y andamos de dos en dos.

Aquí el que más fino sea,  
responde si llamo yo.

Habrà quien llegue a insultarme,  
pero no de corazón;  
habrà quien me escupa en público,  
cuando a solas me besó...

A ése, le digo:

—Compadre,  
ya me pedirás perdón,  
ya comerás de mi ajiaco,  
y me darás la razón,  
ya me golpearás el cuero,  
ya bailarás a mi voz,  
ya pasearemos del brazo,  
ya estarás donde yo estoy:  
ya vendrás de abajo arriba,  
¡que aquí el más alto soy yo!

## Pequeña oda a un negro boxeador cubano

Tus guantes  
puestos en la punta de tu cuerpo de ardilla,  
y el punch de tu sonrisa.

El Norte es fiero y rudo, boxeador.  
Ese mismo Broadway,  
que en actitud de vena se desangra  
para chillar junto a los rings  
en que tú saltas como un moderno mono elástico,  
sin el resorte de las sogas,  
ni los almohadones del clinch;  
ese mismo Broadway  
que unta de asombro su boca de melón  
ante tus puños explosivos  
y tus actuales zapatos de charol;  
ese mismo Broadway,  
es el que estira su hocico con una enorme lengua  
[húmeda,  
para lamer glotonamente  
toda la sangre de nuestro cañaveral.

De seguro que tú  
no vivirás al tanto de ciertas cosas nuestras,  
ni de ciertas cosas de allá,

porque el training es duro y el músculo traidor,  
y hay que estar hecho un toro,  
como dices alegremente, para que el golpe duela más.  
Tu inglés,  
un poco más precario que tu endeble español,  
sólo te ha de servir para entender sobre la lona  
cuánto en su verde slang  
mascan las mandíbulas de los que tu derrumbas  
jab a jab.

En realidad acaso no necesitas otra cosa,  
porque como seguramente pensarás,  
ya tienes tu lugar.  
Es bueno, al fin y al cabo,  
hallar un punching bag,  
eliminar la grasa bajo el sol,  
saltar,  
sudar,  
nadar,  
y de la suiza al shadow boxing,  
de la ducha al comedor,  
salir pulido, fino, fuerte  
como un bastón recién labrado  
con agresividades de black jack.

Y ahora que Europa se desnuda  
para tostar su carne al sol

y busca en Harlem y en La Habana  
jazz y son,  
lucirse negro mientras aplaude el bulevar,  
y frente a la envidia de los blancos  
hablar en negro de verdad.

## Mujer nueva

Con el círculo ecuatorial  
ceñido a la cintura como un pequeño mundo,  
la negra, mujer nueva,  
avanza en su ligera bata de serpiente.

Coronada de palmas  
como una diosa recién llegada,  
ella trae la palabra inédita,  
el anca fuerte,  
la voz, el diente, la mañana y el salto.

Chorro de sangre joven  
bajo un pedazo de piel fresca,  
y el pie incansable  
para la pista profunda del tambor.



## Madrigal

Tu vientre sabe más que tu cabeza  
y tanto como tus muslos.

Ésa  
es la fuerte gracia negra  
de tu cuerpo desnudo.

Signo de la selva el tuyo,  
con tus collares rojos,  
tus brazaletes de oro curvo,  
y ese caimán oscuro  
nadando en el Zambeze de tus ojos.

## Rumba

La rumba  
revuelve su música espesa  
con un palo.  
Jengibre y canela...  
¡Malo!  
Malo, porque ahora vendrá el negro chulo  
con Fela.

Pimienta de la cadera,  
grupa flexible y dorada:  
rumbera buena,  
rumbera mala.

En el agua de tu bata  
todas mis ansias navegan:  
rumbera buena,  
rumbera mala.

Anhelo el de naufragar  
en ese mar tibio y hondo:  
¡fondo  
del mar!

Trenza tu pie con la música  
el nudo que más me aprieta:

resaca de tela blanca  
sobre tu carne trigueña.  
Locura del bajo vientre,  
aliento de boca seca;  
el ron que se te ha espantado,  
y el pañuelo como rienda.

Ya te cogeré domada,  
ya te veré bien sujeta,  
cuando como ahora huyes,  
hacia mi ternura vengas,  
rumbera  
buena;  
o hacia mi ternura vayas,  
rumbera  
mala.  
No ha de ser larga la espera,  
rumbera  
buena;  
ni será eterna la bacha,  
rumbera  
mala;  
te dolerá la cadera,  
rumbera  
buena;  
cadera dura y sudada,  
rumbera  
mala...

¡Último  
trago!  
Quítate, córrete, vámonos...  
¡Vamos!

## Velorio de Papá Montero

Quemaste la madrugada  
con fuego de tu guitarra:  
zumo de caña en la jícara  
de tu carne prieta y viva,  
bajo luna muerta y blanca.

El son te salió redondo  
y mulato, como un níspero.

Bebedor de trago largo,  
garguero de hoja de lata,  
en mar de ron barco suelto,  
jinete de la cumbancha:  
¿qué vas a hacer con la noche,  
si ya no podrás tomártela,  
ni qué vena te dará  
la sangre que te hace falta,  
si se te fue por el caño  
negro de la puñalada?

¡Ahora sí que te rompieron,  
Papá Montero!

En el solar te esperaban,  
pero te trajeron muerto;  
fue bronca de jaladera,  
pero te trajeron muerto;  
dicen que él era tu ecobio,  
pero te trajeron muerto;  
el hierro no apareció,  
pero te trajeron muerto.

Ya se acabó Baldomero:  
¡zumba, canalla y rumbero!

Sólo dos velas están  
quemando un poco de sombra;  
para tu pequeña muerte  
con esas dos velas sobra.  
Y aún te alumbran, más que velas,  
la camisa colorada  
que iluminó tus canciones,  
la prieta sal de tus sonos  
y tu melena planchada.

¡Ahora sí que te rompieron,  
Papá Montero!

Hoy amaneció la luna  
en el patio de mi casa;  
de filo cayó en la tierra

y allí se quedó clavada.  
Los muchachos la cogieron  
para lavarle la cara,  
y yo la traje esta noche  
y te la puse de almohada.

## Quirino

¡Quirino

con su tres!

La bamba grande, la pasa dura,

suelos los pies,

y una mulata que se derrite de sabrosura...

¡Quirino

con su tres!

Luna redonda que lo vigila cuando regresa

dando traspies;

jipi en la chola, camisa fresca...

¡Quirino

con su tres!

Tibia accesoria para la cita;

la madre —negra Paula Valdés—

suda, envejece, busca la frita...

¡Quirino

con su tres!



## Secuestro de la mujer de Antonio

Te voy a beber de un trago,  
como una copa de ron;  
te voy a echar en la copa  
de un son,  
prieta, quemada en ti misma,  
cintura de mi canción.

Záfate tu chal de espumas  
para que torees la rumba;  
y si Antonio se disgusta  
que se corra por ahí:  
¡la mujer de Antonio tiene  
que bailar aquí!

Desamárrate, Gabriela.  
Muerde  
la cáscara verde,  
pero no apagues la vela;  
tranca  
la pájara blanca,  
y vengan de dos en dos,  
que el bongó  
se calentó...

De aquí no te irás, mulata,  
ni al mercado ni a tu casa;  
aquí molarán tus ancas  
la zafra de tu sudor;  
repique, pique, repique,  
repique, repique, pique,  
pique, repique, repique,  
¡po!

Semillas las de tus ojos  
darán sus frutos espesos;  
y si viene Antonio luego  
que ni en jarana pregunte  
cómo es que tú estás aquí...  
Mulata, mora, morena,  
que ni el más toro se mueva,  
porque el que más toro sea  
saldrá caminando así;  
el mismo Antonio, si llega,  
saldrá caminando así;  
todo el que no esté conforme,  
saldrá caminando así...  
Repique, repique, pique,  
repique, repique, po;  
¡prieta, quemada en ti misma,  
cintura de mi canción!

## Pregón

¡Ah  
qué pedazo de sol,  
carne de mango!  
Melones de agua,  
plátanos.

¡Quencúyere, quencúyere,  
quencúyere!  
¡Quencúyere, que la casera  
salga otra vez!

Sangre de mamey sin venas,  
y yo que sin sangre estoy;  
mamey pa'l que quiera sangre,  
que me voy.

Trigueña de carne amarga,  
ven a ver mi carretón;  
carretón de palmas verdes,  
carretón;  
carretón de cuatro ruedas,  
carretón;  
carretón de sol y tierra,  
¡carretón!



***WEST INDIES LTD.***  
**(1934)**



## Palabras en el trópico

Trópico,  
tu dura hoguera  
tuesta las nubes altas  
y el cielo profundo ceñido por el arco del Mediodía.  
Tú secas en la piel de los árboles  
la angustia del lagarto.  
Tú engrasas las ruedas de los vientos  
para asustar a las palmeras.  
Tú atraviesas  
con una gran flecha roja  
el corazón de las selvas  
y la carne de los ríos.

Te veo venir por los caminos ardorosos,  
Trópico,  
con tu cesta de mangos,  
tus cañas limosneras  
y tus caimitos, morados como el sexo de las negras.

Te veo las manos rudas  
partir bárbaramente las semillas  
y halar de ellas el árbol opulento,  
árbol recién nacido, pero apto  
para echar a correr por entre los bosques clamorosos.

Aquí,  
en medio del mar,  
retozando en las aguas con mis Antillas desnudas,  
yo te saludo, Trópico.  
Saludo deportivo,  
primaveral,  
que se me escapa del pulmón salado  
a través de estas islas escandalosas hijas tuyas.

(Dice Jamaica  
que ella está contenta de ser negra,  
y Cuba ya sabe que es mulata!)

¡Ah,  
qué ansia  
la de aspirar el humo de tu incendio  
y sentir en dos pozos amargos las axilas!  
Las axilas, oh Trópico,  
con sus vellos torcidos y retorcidos en tus llamas.

Puños los que me das  
para rajar los cocos tal un pequeño dios colérico;  
ojos los que me das  
para alumbrar la sombra de mis tigres;  
oído el que me das  
para escuchar sobre la tierra las pezuñas lejanas.



Te debo el cuerpo oscuro,  
las piernas ágiles y la cabeza crespa,  
mi amor hacia las hembras elementales,  
y esta sangre imborrable.  
Te debo los días altos,  
en cuya tela azul están pegados  
soles redondos y risueños;  
te debo los labios húmedos,  
la cola del jaguar y la saliva de las culebras;  
te debo el charco donde beben las fieras sedientas;  
te debo, Trópico,  
este entusiasmo niño  
de correr en la pista  
de tu profundo cinturón lleno de rosas amarillas  
riendo sobre las montañas y las nubes,  
mientras un cielo marítimo  
se destroza en interminables olas de estrellas a mis pies.

## Balada de los dos abuelos

Sombras que sólo yo veo,  
me escoltan mis dos abuelos.

Lanza con punta de hueso,  
tambor de cuero y madera:  
mi abuelo negro.

Gorguera en el cuello ancho,  
gris armadura guerrera:  
mi abuelo blanco.

Pie desnudo, torso pétreo  
los de mi negro;  
pupilas de vidrio antártico  
las de mi blanco!

África de selvas húmedas  
y de gordos gongos sordos...

—¡Me muero!

(Dice mi abuelo negro.)

Aguaprieta de caimanes,  
verdes mañanas de cocos...

—¡Me canso!

(Dice mi abuelo blanco.)

Oh velas de amargo viento,  
galeón ardiendo en oro...

—¡Me muero!

(Dice mi abuelo negro.)

¡Oh costas de cuello virgen  
engañadas de abalorios...!

—¡Me canso!

(Dice mi abuelo blanco.)

¡Oh puro sol repujado,  
preso en el aro del trópico;  
oh luna redonda y limpia  
sobre el sueño de los monos!

¡Qué de barcos, qué de barcos!

¡Qué de negros, qué de negros!

¡Qué largo fulgor de cañas!

¡Qué látigo el del negrero!

Piedra de llanto y de sangre,

venas y ojos entreabiertos,

y madrugadas vacías,

y atardeceres de ingenio,

y una gran voz, fuerte voz,

despedazando el silencio.

¡Qué de barcos, qué de barcos,

qué de negros!

Sombras que sólo yo veo,  
me escoltan mis dos abuelos.

Don Federico me grita  
y Taita Facundo calla;  
los dos en la noche sueñan  
y andan, andan.  
Yo los junto.

—¡Federico!  
¡Facundo! Los dos se abrazan.  
Los dos suspiran. Los dos  
las fuertes cabezas alzan;  
los dos del mismo tamaño,  
bajo las estrellas altas;  
los dos del mismo tamaño,  
ansia negra y ansia blanca,  
los dos del mismo tamaño,  
gritan, sueñan, lloran, cantan.  
Sueñan, lloran, cantan.  
Lloran, cantan.  
¡Cantan!

## Madrigal

Sencilla y vertical,  
como una caña en el cañaveral.  
Oh retadora del furor  
genital:  
tu andar fabrica para el espasmo gritador  
espuma equina entre tus muslos de metal.

## Sabás

Yo vi a Sabás, el negro sin veneno,  
pedir su pan de puerta en puerta.  
¿Por qué, Sabás, la mano abierta?  
(Este Sabás es un negro bueno.)

Aunque te den el pan, el pan es poco,  
y menos ese pan de puerta en puerta.  
¿Por qué, Sabás, la mano abierta?  
(Este Sabás es un negro loco.)

Yo vi a Sabás, el negro hirsuto,  
pedir por Dios para su muerte.  
¿Por qué, Sabás, la mano abierta?  
(Este Sabás es un negro bruto.)

Coge tu pan, pero no lo pidas;  
coge tu luz, coge tu esperanza cierta  
como a un caballo por las bridas.  
Plántate en medio de la puerta,  
pero no con la mano abierta,  
ni con tu cordura de loco:  
aunque te den el pan, el pan es poco,  
y menos ese pan de puerta en puerta.

¡Caramba, Sabás, que no se diga!  
¡Sujétate los pantalones,  
y mira a ver si te las compones  
para educarte la barriga!  
La muerte, a veces, es buena amiga,  
y el no comer, cuando es preciso  
para comer, el pan sumiso,  
tiene belleza. El cielo abriga.  
El sol calienta. Es blando el piso  
del portal. Espera un poco,  
afirma el paso irresoluto  
y afloja más el freno...  
¡Caramba, Sabás, no seas tan loco!  
¡Sabás, no seas tan bruto,  
ni tan bueno!

## Nocturno en los muelles

Bajo la noche tropical, el puerto.  
El agua lame la inocente orilla  
y el faro insulta al malecón desierto.

¡Qué calma tan robusta y tan sencilla!  
Pero sobre los muelles solitarios  
flota una tormentosa pesadilla.

Pena de cementerios y de osarios,  
que enseña en pizarrones angustiosos  
cómo un mismo dolor se parte en varios.

Es que aquí están los gritos silenciosos  
y el sudor hecho vidrio; las tremendas  
horas de muchos hombres musculosos

y débiles, sujetos por las riendas  
como potros. Voluntades en freno,  
y las heridas pálidas sin vendas.

La gran quietud se agita. En este seno  
de paz se mueve y anda un grupo enorme  
que come el pan untándolo en veneno.



Ellos duermen ahora en el informe  
lecho, sin descansar. Sueñan acaso,  
y aquí estalla el espíritu inconforme

que al alba dura tragará su vaso  
de sangre diaria en el cuartón oscuro,  
y a estrecho ritmo ha de ajustar el paso.

¡Oh puño fuerte, elemental y puro!  
¿Quién te sujeta el ademán abierto?  
Nadie responde en el dolor del puerto.  
El faro grita sobre el mar oscuro.

## **Sensemaya**

### *Canto para matar a una culebra*

¡Mayombe-bombe-mayombé!  
¡Mayombe-bombe-mayombé!  
¡Mayombe-bombe-mayombé!

La culebra tiene los ojos de vidrio;  
la culebra viene y se enreda en un palo;  
con sus ojos de vidrio, en un palo,  
con sus ojos de vidrio.

La culebra camina sin patas;  
la culebra se esconde en la yerba;  
caminando se esconde en la yerba,  
caminando sin patas.

¡Mayombe-bombe-mayombé!  
¡Mayombe-bombe-mayombé!  
¡Mayombe-bombe-mayombé!

Tú le das con el hacha y se muere:  
¡dale ya!  
¡No le des con el pie, que te muerde,  
no le des con el pie, que se va!

Sensemayá, la culebra,  
sensemayá.  
Sensemayá, con sus ojos,  
sensemayá.  
Sensemayá, con su lengua,  
sensemayá.  
Sensemayá, con su boca,  
sensemayá.

La culebra muerta no puede comer,  
la culebra muerta no puede silbar,  
no puede caminar,  
no puede correr.  
La culebra muerta no puede mirar,  
la culebra muerta no puede beber,  
no puede respirar  
no puede morder.

¡Mayombe-bombe-mayombé!  
*Sensemayá, la culebra...*  
¡Mayombe-bombe-mayombé!  
*Sensemayá, no se mueve...*  
¡Mayombe-bombe-mayombé!  
*Sensemayá, la culebra...*  
¡Mayombe-bombe-mayombé!  
*Sensemayá, se murió.*

## El abuelo

Esta mujer angélica de ojos septentrionales,  
que vive atenta al ritmo de su sangre europea,  
ignora que en lo hondo de ese ritmo golpea  
un negro el parche duro de roncós atabales.

Bajo la línea escueta de su nariz aguda,  
la boca, en fino trazo, traza una raya breve,  
y no hay cuervo que manche la solitaria nieve  
de su carne, que fulge temblorosa y desnuda.

¡Ah, mi señora! Mírate las venas misteriosas;  
boga en el agua viva que allá dentro te fluye,  
y ve pasando lirios, nelumbios, lotos, rosas;

que ya verás, inquieta, junto a la fresca orilla  
la dulce sombra oscura del abuelo que huye,  
el que rizó por siempre tu cabeza amarilla.

## Caminando

Caminando, caminando,  
¡caminando!

Voy sin rumbo caminando,  
caminando;  
voy sin plata caminando,  
caminando;  
voy muy triste caminando,  
caminando.

Está lejos quien me busca,  
caminando;  
quien me espera está más lejos,  
caminando;  
y ya empeñé mi guitarra,  
caminando.

Ay,  
las piernas se ponen duras,  
caminando;  
los ojos ven desde lejos,  
caminando;  
la mano agarra y no suelta,  
caminando.

Al que yo coja y lo apriete,  
caminando,  
ése la paga por todos,  
caminando;  
a ése le parto el pescuezo,  
caminando,  
y aunque me pida perdón,  
me lo como y me lo bebo  
me lo bebo y me lo como,  
caminando,  
caminando,  
caminando...

## West Indies, Ltd.

### 1

¡West Indies! Nueces de coco, tabaco y aguardiente...  
Éste es un oscuro pueblo sonriente,  
conservador y liberal,  
ganadero y azucarero,  
donde a veces corre mucho dinero,  
pero donde siempre se vive muy mal.<sup>1</sup>  
El sol achicharra aquí todas las cosas,  
desde el cerebro hasta las rosas.  
Bajo el relampagueante traje de dril  
Andamos todavía con taparrabos;  
gente sencilla y tierna, descendiente de esclavos  
y de aquella chusma incivil  
de variadísima calaña,  
que en el nombre de España  
cedió Colón a Indias con ademán gentil.

Aquí hay blancos y negros y chinos y mulatos.  
Desde luego, se trata de colores baratos,  
pues a través de tratos y contratos

---

1 Ciertó que éste es un pueblo manso todavía.../ No obstante, cualquier día/  
alza de un golpe de cerviz;/ rompe por donde quiere con sus calludas ma-  
nos/ y hace como esos árboles urbanos/ que arrancan toda una acera con una  
sola raíz.

se han corrido los tintes y no hay un tono estable.  
(El que piense otra cosa que avance un paso y hable.)  
Hay aquí todo eso, y hay partidos políticos,  
y oradores que dicen: «En estos momentos críticos...»  
Hay bancos y banqueros,  
legisladores y bolsistas,  
abogados y periodistas,  
médicos y porteros.  
¿Qué nos puede faltar?  
Y aún lo que nos faltare lo mandaríamos buscar.  
¡West Indies! Nueces de coco, tabaco y aguardiente.  
Éste es un oscuro pueblo sonriente.

¡Ah, tierra insular!  
¡Ah, tierra estrecha!  
¿No es cierto que parece hecha  
sólo para poner un palmar?  
Tierra en la ruta del «Orinoco»,  
o de otro barco excursionista,  
repleto de gente sin un artista  
y sin un loco;  
puertos donde el que regresa de Tahití,  
de Afganistán o de Seúl,  
viene a comerse el cielo azul,  
regándolo con Bacardí;  
puertos que hablan un inglés  
que empieza en yes y acaba en yes.  
(Inglés de cicerones en cuatro pies.)



¡West Indies! Nueces de coco, tabaco y aguardiente.  
Éste es un oscuro pueblo sonriente.

Me río de ti, noble de las Antillas,  
mono que andas saltando de mata en mata,  
payaso que sudas por no meter la pata,  
y siempre la metes hasta la rodillas.  
Me río de ti, blanco de verdes venas  
—¡bien se te ven aunque ocultarlas procuras!—,  
me río de ti porque hablas de aristocracias puras,  
de ingenios florecientes y arcas llenas.  
¡Me río de ti, negro imitamicos,  
que abres los ojos ante el auto de los ricos,  
y que te avergüenzas de mirarte el pellejo oscuro,  
cuando tienes el puño tan duro!  
Me río de todos: del policía y del borracho,  
del padre y de su muchacho,  
del presidente y del bombero.  
Me río de todos; me río del mundo entero.  
Del mundo entero, que se emociona frente a cuatro peludos,  
erguidos muy orondos detrás de sus chillones escudos,  
como cuatro salvajes al pie de un cocotero.

## 2

*Cinco minutos de interrupción.*  
*La charanga de Juan el Barbero*  
*toca un son.*

—Coroneles de terracota,  
políticos de quita y pon;  
café con pan y mantequilla...  
¡Qué siga el son!

La burocracia está de acuerdo  
en ofrendarse a la Nación;  
doscientos dólares mensuales...  
¡Qué siga el son!

El yanqui nos dará dinero  
para arreglar la situación;  
la Patria está por sobre todo...  
¡Qué siga el son!

Los viejos líderes sonríen  
y hablan después desde un balcón.  
¡La zafra! ¡La zafra! ¡La zafra!  
¡Qué siga el son!

### 3

Las cañas —largas— tiemblan  
de miedo ante la mocha.  
Quema el sol y el aire pesa.  
Gritos de mayores  
restallan secos y duros como foetes.  
De entre la oscura

masa de pordioseros que trabajan,  
surge una voz que canta,  
brota una voz que canta,  
sale una voz llena de rabia,  
se alza una voz antigua y de hoy,  
moderna y bárbara:

—*Cortar cabezas como cañas,*  
*¡chas, chas, chas!*  
*Arder las cañas y cabezas,*  
*subir el humo hasta las nubes,*  
*¡cuándo será, cuando será!*  
*Está mi mocha con su filo,*  
*¡chas, chas, chas!*

*Está mi mano con su mocha,*  
*¡chas, chas, chas!*  
*Y el mayoral está conmigo,*  
*¡chas, chas, chas!*  
*Cortar cabezas como cañas,*  
*arder las cañas y cabezas,*  
*subir el humo hasta las nubes...*  
*¡Cuándo será!*  
Y la canción elástica, en la tarde  
de zafra y agonía,  
tiembla, fulgura y arde,  
pegada al techo cóncavo del día.

El hambre va por los portales  
llenos de caras amarillas  
y de cuerpos fantasmales;  
y estacionándose en las sillas  
de los parques municipales,  
o pululando a pleno sol  
y a plena luna,  
busca el problemático alcol  
que borra y ciega,  
pero que no venden en ninguna  
bodega.  
¡Hambre de las Antillas,  
dolor de las ingenuas Indias Occidentales!

Noches pobladas de prostitutas,  
bares poblados de marineros;  
encrucijada de cien rutas  
para bandidos y bucaneros.  
Cuevas de vendedores de morfina,  
de cocaína y de heroína.  
Cabarets donde el tedio se engaña  
con el ilusorio cordial  
de una botella de champaña,  
en cuya eficacia la gente confía  
como en un neosalvarsán de alegría  
para la «sífiles sentimental».

Ansia de penetrar el porvenir  
y sacar de su entraña secreta  
una fórmula concreta  
para vivir.

Furor de los piratas de levita  
que como en Sores y «El Olonés»,  
frente a la miseria se irrita  
y se resuelve en puntapiés.  
¡Dramática ceguedad de la tropa,  
que siempre tiene presto el rifle  
para disparar contra el que proteste o chifle,  
porque el pan está duro o está clara la sopa!

## 5

*Cinco minutos de interrupción.  
La charanga de Juan el Barbero  
toca un son.*

—Para encontrar la butuba  
hay que trabajar caliente;  
para encontrar la butuba  
hay que trabajar caliente:  
mejor que doblar el lomo,  
tienes que doblar la frente.

De la caña sale azúcar,  
azúcar para el café;

de la caña sale azúcar,  
azúcar para el café:  
lo que ella endulza, me sabe  
como si le echara hiel.

No tengo donde vivir,  
ni mujer a quien querer;  
no tengo donde vivir,  
ni mujer a quien querer:  
todos los perros me ladran,  
y nadie me dice usted.

Los hombres, cuando son hombres,  
tienen que llevar cuchillo;  
Los hombres, cuando son hombres,  
tienen que llevar cuchillo:  
¡yo fui hombre, lo llevé,  
y se me quedó en presidio!

Si me muriera ahora mismo,  
si me muriera ahora mismo,  
si me muriera ahora mismo, mi madre  
¡qué alegre me iba a poner!

¡Ay, yo te daré, te daré,  
te daré, te daré,  
ay, yo te daré  
la libertad!

¡West Indies! ¡West Indies! ¡West Indies!  
 Éste es el pueblo hirsuto,  
 de cobre, multicéfalo, donde la vida rept  
 con el lodo seco cuarteado en la piel.  
 Éste es el presidio  
 donde cada hombre tiene atado los pies.  
 Ésta es la grotesca sede de companies y trusts.  
 Aquí está el lago de asfalto, las minas de hierro,  
 las plantaciones de café,  
 los ports docks, los ferry boats, los ten cents...  
 Éste es el pueblo del all right  
 donde todo se encuentra muy mal;  
 éste es el pueblo del very well.  
 donde nadie está bien.

Aquí están los servidores de Mr. Babbit.  
 Los que educan sus hijos en West Point.  
 Aquí están los que chillan: hello baby,  
 y fuman «Chesterfield» y «Lucky Strike».  
 Aquí están los bailadores de fox trots,  
 los boys del jazz band  
 y los veraneantes de Miami y de Palm Beach.

Aquí están los que piden bread and butter  
 y coffee and milk.  
 Aquí están los absurdos jóvenes sifilíticos,

fumadores de opio y de mariguana,  
exhibiendo en vitrinas sus espiroquetas  
y cortándose un traje cada semana.

Aquí está lo mejor de Port-au-Prince,  
lo más puro de Kingston, la high life de La Habana...  
Pero aquí están también los que reman en lágrimas,  
galeotes dramáticos, galeotes dramáticos.

Aquí están ellos,  
los que trabajan con un haz de destellos  
la piedra dura donde poco a poco se crispa  
el puño de un titán. Los que encienden la chispa  
roja, sobre el campo reseco.  
Los que gritan: «¡Ya vamos!», y les responde el eco  
de otras voces: «¡Ya vamos!» Los que en fiero tumulto  
sienten latir la sangre con sílabas de insulto.  
¿Qué hacer con ellos,  
si trabajan con un haz de destellos?

Aquí están los que codo con codo  
todo lo arriesgan; todo  
lo dan con generosas manos;  
aquí están los que se sienten hermanos  
del negro, que doblando sobre el zanjón oscuro  
la frente, se disuelve en sudor puro,  
y del blanco, que sabe que la carne es arcilla  
mala cuando la hiere el látigo, y peor si se la humilla  
bajo la bota, porque entonces levanta



la voz, que es como un trueno brutal en la garganta.  
Ésos son los que sueñan despiertos,  
los que en el fondo de la mina luchan,  
y allí la voz escuchan  
con que gritan los vivos y los muertos.

Ésos, los iluminados,  
los parias desconocidos,  
los humillados,  
los preteridos,  
los olvidados,  
los descosidos,  
los amarrados,  
los ateridos,  
los que ante el máuser exclaman: «¡Hermanos  
soldados!»,  
y ruedan heridos  
con un hilo rojo en los labios morados.  
(¡Que siga su marcha el tumulto!  
¡Qué floten las bárbaras banderas,  
y que se enciendan las banderas  
sobre el tumulto!)

7

*Cinco minutos de interrupción.  
La charanga de Juan el Barbero  
toca un son.*

—Me matan, si no trabajo,  
y si trabajo, me matan;  
siempre me matan, me matan,  
¡siempre me matan!

Ayer vi a un hombre mirando,  
mirando el sol que salía;  
ayer vi a un hombre mirando,  
mirando el sol que salía:  
el hombre estaba muy serio,  
porque el hombre no veía.

Ay,  
los ciegos viven sin ver  
cuando sale el sol,  
cuando sale el sol,  
¡cuando sale el sol!

Ayer vi a un niño jugando  
a que mataba a otro niño;  
ayer vi a un niño jugando  
a que mataba a otro niño:  
hay niños que se parecen  
a los hombres trabajando.  
¡Quién les dirá cuando crezcan  
que los hombres no son niños,  
que no lo son,  
que no lo son,  
que no lo son!

Me matan, si no trabajo,  
y si trabajo, me matan;  
siempre me matan, me matan,  
¡siempre me matan!

## 8

Un altísimo fuego raja con sus cuchillas  
la noche. Las palmas, inocentes  
de todo, charlan con voces amarillas  
de collares, de sedas, de pendientes.  
Un negro tuesta su café en cuclillas.  
Se incendia un barracón.  
Resoplan vientos independientes.  
Pasa un crucero de la Unión  
Americana. Después, otro crucero,  
y el agua ingenua ensucian con ambiciosas quillas,  
nietas de las del viejo Drake, el filibustero.

Lentamente, de piedra, va una mano  
cerrándose en un puño vengativo.  
Un claro, un claro y vivo  
son de esperanza estalla en tierra y océano.  
El sol habla de bosques con las verdes semillas...  
West Indies, en inglés. En castellano,  
las Antillas.

## LÁPIDA

*Esto fue escrito por Nicolás Guillén, antillano,  
en el año de mil novecientos treinta y cuatro.*

**Guadalupe W. I.**

*Pointe-À-Pitre*

Los negros, trabajando  
junto al vapor. Los árabes, vendiendo,  
los franceses, paseando y descansando,  
y el sol, ardiendo.

En el puerto se acuesta  
el mar. El aire tuesta  
las palmeras... Yo grito: ¡Guadalupe!, pero nadie  
contesta.

Parte el vapor, arando  
las aguas impasibles con espumoso estruendo.  
Allá, quedan los negros trabajando,  
los árabes vendiendo,  
los franceses paseando y descansando,  
y el sol ardiendo...



***CANTOS PARA SOLDADOS Y SONES***  
***PARA TURISTAS***  
**(1937)**





## No sé por qué piensas tú

No sé por qué piensas tú,  
soldado, que te odio yo,  
si somos la misma cosa  
yo,  
tú.

Tú eres pobre, lo soy yo;  
soy de abajo, lo eres tú;  
¿de dónde has sacado tú,  
soldado, que te odio yo?

Me duele que a veces tú  
te olvides de quien soy yo;  
caramba, si yo soy tú,  
lo mismo que tú eres yo.

Pero no por eso yo  
he de malquererte, tú;  
si somos la misma cosa,  
yo,  
tú,  
no sé por qué piensas tú,  
soldado, que te odio yo.

Ya nos veremos yo y tú,  
juntos en la misma calle,  
hombro con hombro, tú y yo,  
sin odios ni yo ni tú,  
pero sabiendo tú y yo,  
a dónde vamos yo y tú...  
¡No sé por qué piensas tú,  
soldado, que te odio yo!

## Diana

La diana, de madrugada,  
va con alfileres rojos  
hincando todos los ojos.  
La diana, de madrugada.

Levanta en peso el cuartel  
con los soldados cansados.  
Van saliendo los soldados.  
Levanta en peso el cuartel.

Ay, diana, ya tocarás  
de madrugada, algún día,  
tu toque de rebeldía.  
Ay diana, ya tocarás.

Vendrás a la cama dura  
donde se pudre el mendigo.  
—¡Amigo! —dirás—. ¡Amigo!  
Vendrás a la cama dura.

Rugirás con voz ya libre  
sobre la cama de seda:  
—¡En pie, porque nada os queda!  
Rugirás con voz ya libre.

¡Fiera, fuerte, desatada,  
diana en corneta de fuego,  
diana del pobre y del ciego,  
diana de la madrugada!

## Elegía a un soldado vivo

Hierro de amargo filo en dócil vaina,  
y el sol en la polaina.  
Caballo casquiduro,  
trotón americano,  
salada espuma y freno bien seguro.  
Cuero y sudor, la mano.

Así pasas, redondo,  
encendiendo la calle,  
preso en guerrera de ardoroso talle.  
Así al pasar me miras  
con ojo elemental en cuyo fondo  
una terrible compasión descuaja  
cielos de punta en tempestad de iras  
sobre mi pecho a la intemperie y hondo.

Así pasas, sonriendo,  
áureo resplandeciendo,  
momia ya en la mortaja:  
tú, cuya mano rápida me ultraja  
si a algún insulto de tu voz respondo;  
tú, soldado, soldado,  
en tu machete en cruz, crucificado.

Cuatro paredes altas  
que ni tumbas ni saltas;  
muda lengua, bien muda,  
ya podrida, en la boca.  
Vena sin sangre, corazón sin duda,  
plomo, madera, roca.

Tan lejos en tu potro te perdiste,  
que hoy no hallas, hombre triste,  
solo en ti, sin ti mismo,  
voz que ciegue tu abismo,  
corriendo como vas a campo abierto,  
sino el mazazo que tus toros castra,  
y que aunque estalle el porvenir despierto  
hacia ese abismo próximo te arrastra:  
a ti, pobre soldado,  
en tu machete en cruz crucificado.

Labio de vidrio, seco.  
Cabeza de muñeco.  
Caña, plátanos, hulla,  
saliva de vinagre, espalda roja  
donde el látigo aúlla,  
marca, hierde, se moja.  
Bien te recuerdo, hermano,  
limpio, sereno, sano.  
Cetrino campesino  
de escuetas esperanzas verticales;

mi familiar montuno,  
seco y huraño, a tu manera fino;  
dios del agro vacuno  
donde con almas verdes, musicales,  
la sal de tus ensueños dividías:  
el cielo, el pan, el techo,  
la tierra de tu pecho,  
el agua, siempre mansa, de tus días.

Te faltó quien viniera,  
soldado, y al oído te dijera:  
«Eres esclavo, esclavo  
como esos bueyes gordos,  
ciegos, tranquilos, sordos,  
que pastan bajo el sol meneando el rabo.  
Esta paz es culpable.  
¡Cuándo será que hable  
tu boca, y que tu rudo pecho grite,  
se rebele y agite!  
Tú, paria en Cuba, solo y miserable,  
puedes rugir con voz del Continente:  
la sangre que te lleva en su corriente  
es la misma en Bolivia, en Guatemala,  
en Brasil, en Haití... Tierras oscuras,  
tierras de alambre para vuelo y ala,  
quemadas por iguales calenturas,  
secas a golpes de puñal y bala,  
y en las que garras duras

están en pico y pala  
día y noche cavando sepulturas.  
Y tú, cuerpidesnudo,  
mohoso, pétreo, mudo,  
ofreciendo tu cuello,  
tus uñas, tu resuello,  
para encender sortijas,  
empujar automóviles,  
y sucio ver el vientre de tus hijas,  
con las manos inmóviles.»  
Sí... Faltó quien viniera,  
y estas simples verdades te dijera.

Ahora pasas, redondo.  
La alegría en el fondo  
de ti mismo, y encendiendo la calle  
esa guerrera de ardoroso talle.  
¿Será posible que tu mano agraria,  
la que empujó el arado  
sobre la tierra paria;  
tu mano campesina, hoy de soldado,  
que no robó al ganado  
la sombra de su selva solitaria,  
ora quitarme quiera  
mi pan de cada día,  
para hacer aún más gorda la chequera  
del amo fiero que en tu máuser fía?



¡Di que no, di que no! Di, compañero,  
que tu hermano es primero:  
que vienes de la tierra, eres de tierra  
y a la tierra darás tu amor postrero;  
que no irás a la guerra  
a morir por petróleo o por asfalto,  
mientras tu impar caldero  
de primordial maíz bosteza falto;  
y que ese brazo rudo  
solo es del perseguido  
a quien nadie recuerda cuando cae,  
y a quien el sol desnudo  
la tibia sangre en el sudor extrae,  
como golpes de un látigo encendido.  
¡Di que sí, di que sí! ¡Di, compañero,  
que tu hermano es primero!

¡Ah querido, querido!  
No tú soldado muerto,  
soldado tú, dormido.  
Ven y grita en mis calles, tú, despierto.  
tú, con lengua, con dientes, con oído,  
de húmeda piel cubierto  
el ancho cuello henchido,  
y el zapato aplastando el triunfo cierto;  
que así ha de ver el mundo suspendido  
nuestro futuro abierto,

fragua la una mitad y la otra nido,  
y sobre el lomo del pasado yerto  
el incendio implacable del olvido,  
como una luna roja en el desierto.

***ESPAÑA, POEMA EN CUATRO ANGUSTIAS  
Y UNA ESPERANZA  
(1937)***



## Angustia primera

### *Miradas de metales y de rocas*

No Cortés, ni Pizarro  
(aztecas, incas, juntos halando el doble carro).  
Mejor sus hombres rudos  
saltando el tiempo. Aquí, con sus escudos.  
Aquí, con sus callosas, duras manos;  
remotos milicianos  
al pie aquí de nosotros,  
clavadas las espuelas en sus potros;  
aquí al fin con nosotros,  
lejanos milicianos,  
ardientes, cercanísimo hermanos.

Los hierros tumultuosos  
de lanzas campeadoras;  
las espadas, que hundieron su punta en las auroras;  
las grises armaduras,  
los ingenuos arcabuces fogosos,  
los clavos y herraduras  
de las equinas finas patas conquistadoras;  
los cascos, las viseras,  
las gordas rodilleras,  
todo el viejo metal imperialista  
corre fundido en aguas quemadoras,

donde soldado, obrero, artista,  
las balas cogen para sus ametralladoras.

No Cortés, ni Pizarro  
(incas, aztecas, juntos halando el doble carro).  
Mejor, sus hombres rudos  
saltando el tiempo. Aquí, con sus escudos.

¡Miradla, a España, rota!  
Y pájaros volando sobre ruinas,  
y el fachismo y su bota,  
y faroles sin luz en las esquinas,  
y los puños en alto,  
y los pechos despiertos,  
y obuses estallando en el asfalto  
sobre caballos ya definitivamente muertos;  
y lágrimas marinas,  
saladas, curvas, chocando contra todos los puertos;  
y gritos que se asoman a las bocas  
y a los ojos coléricos, abiertos, bien abiertos,  
miradas de metales y de rocas.

## Angustia segunda

*Tus venas, la raíz de nuestros árboles*

La raíz de mi árbol retorcida;  
la raíz de mi árbol, de tu árbol,  
de todos nuestros árboles,  
bebiendo sangre, húmeda de sangre,  
la raíz de mi árbol, de tu árbol.  
Yo la siento,  
la raíz de mi árbol, de tu árbol,  
de todos nuestros árboles,  
la siento  
clavada en lo más hondo de mi tierra,  
clavada allí, clavada,  
arrastrándome y alzándome y hablándome,  
gritándome.  
La raíz de tu árbol, de mi árbol.  
En mi tierra, clavada,  
Con clavos ya de hierro,  
De pólvora, de piedra,  
y floreciendo en lenguas ardorosas,  
y alimentando ramas donde colgar los pájaros cansados,  
y elevando sus venas, nuestras venas,  
tus venas, la raíz de nuestros árboles.

## Angustia tercera

*Y mis huesos marchando en tus soldados*

La muerte disfrazada va de fraile.  
Con mi camisa trópico ceñida,  
pegada de sudor, mato mi baile,  
y corro tras la muerte por tu vida.

Las dos sangres de ti que en mí se juntan,  
vuelven a ti, pues que de ti vinieron,  
y por tus llagas fúlgidas preguntan.  
Secos veré a los hombres que te hirieron.

Contra cetro y corona y manto y sable,  
pueblo, contra sotana, y yo contigo,  
y con mi voz para que el pecho te hable.  
Yo, tu amigo, mi amigo; yo, tu amigo.

En las montañas grises; por las sendas  
rojas; por los caminos desbocados,  
mi piel, en tiras, para hacerte vendas,  
y mis huesos marchando en tus soldados.



## Angustia cuarta

*Federico*

Toco a la puerta de un romance.

—¿No anda por aquí Federico?

Un papagayo me contesta:

—Ha salido.

Toco a una puerta de cristal.

—¿No anda por aquí Federico?

Viene una mano y me señala:

—Está en el río.

Toco a la puerta de un gitano.

—¿No anda por aquí Federico?

Nadie responde, no habla nadie...

—¡Federico! ¡Federico!

La casa oscura, vacía;

negro musgo en las paredes;

brocal de pozo sin cubo,

jardín de lagartos verdes.

Sobre la tierra mullida

caracoles que se mueven,

y el rojo viento de julio

entre las ruinas, meciéndose.

¡Federico!  
¿Dónde el gitano se muere?  
¿Dónde sus ojos se enfrían?  
¡Dónde estará, que no viene!

*(Una canción)*

*Salió el domingo, de noche,  
salió el domingo, y no vuelve.  
Llevaba en la mano un lirio,  
llevaba en los ojos fiebre;  
el lirio se tornó sangre,  
la sangre tornóse muerte.*

*(Momento en García Lorca)*

Soñaba Federico en nardo y cera,  
y aceituna y clavel y luna fría.  
Federico, Granada y Primavera.

En afilada soledad dormía,  
al pie de sus ambiguos limoneros,  
echado musical junto a la vía.

Alta la noche, ardiente de luceros,  
arrastraba su cola transparente  
por todos los caminos carreteros.

«¡Federico!», gritaron de repente,  
con las manos inmóviles, atadas,  
gitanos que pasaban lentamente.

¡Qué voz la de sus venas desangradas!  
¡Qué ardor el de sus cuerpos ateridos!  
¡Qué suaves sus pisadas, sus pisadas!

Iban verdes, recién anochecidos;  
en el duro camino invertebrado  
caminaban descalzos los sentidos.

Alzóse Federico, en luz bañado.  
Federico, Granada y Primavera.  
Y con luna y clavel y nardo y cera,  
los siguió por el monte perfumado.

## **La voz esperanzada**

*Una canción alegre flota en la lejanía*

¡Ardiendo, España, estás! Ardiendo  
con largas uñas rojas encendidas;  
a balas matricidas  
pecho, bronce oponiendo,  
y en ojo, boca, carne de traidores hundiendo  
las rojas uñas largas encendidas.  
Alta, debajo vienes,  
a raíces volcánicas sujeta;  
lentos, azules cables con que tu voz sostienes,  
tu voz de abajo, fuerte, de pastor y poeta.  
Tus ráfagas, tus truenos, tus violentas  
gargantas se aglomeran en la oreja del mundo;  
con pétreo músculo violentas  
el candado que cierra las cosechas del mundo.  
Sales de ti; levantas  
la voz, y te levantas  
sangrienta, desangrada, enloquecida,  
y sobre la extensión enloquecida  
más pura te levantas, te levantas.

Viéndote estoy las venas  
vaciar, España, y siempre volver a quedar llenas;  
tus heridos risueños;  
tus muertos sepultados en parcelas de sueños;

tus duros batallones,  
hechos de cantineros, muleros y peones.

Yo,  
hijo de América,  
hijo de ti y de África,  
esclavo ayer de mayores blancos dueños de látigo  
coléricos;  
hoy esclavo de rojos yanquis azucareros y voraces;  
yo chapoteando en la oscura sangre en la que se mojan  
mis Antillas;  
ahogado en el humo agriverde de los cañaverales;  
sepultado en el fango de todas las cárceles;  
cercado día y noche por insaciables bayonetas;  
perdido en las florestas ululantes de las islas  
crucificadas en la cruz del Trópico;  
yo, hijo de América,  
corro hacia ti, muero por ti.  
Yo, que amo la libertad con sencillez,  
como se ama a un niño, al sol, o al árbol plantado  
frente a nuestra casa;  
que tengo la voz coronada de ásperas selvas milenarias,  
y el corazón trepidante de tambores,  
y los ojos perdidos en el horizonte,  
y los dientes blancos, fuertes y sencillos para tronchar  
raíces  
y morder frutos elementales;  
y los labios carnosos y ardorosos

para beber el agua de los ríos que me vieron nacer,  
y húmedo el torso por el sudor salado y fuerte  
de los jadeantes cargadores en los muelles,  
los picapedreros en las carreteras,  
los plantadores de café y los presos que trabajan  
desoladamente,  
inútilmente en los presidios sólo porque han querido  
dejar de ser fantasmas;  
yo os grito con voz de hombre libre que os acompañaré,  
camaradas;  
que iré marcando el paso con vosotros,  
simple y alegre,  
puro, tranquilo y fuerte,  
con mi cabeza crespa y mi cuerpo moreno,  
para cambiar unidos la cinta trepidante de vuestras  
ametralladoras,  
y para arrastrarme, con el aliento suspendido,  
allí, junto a vosotros,  
allí donde ahora estáis, donde estaremos,  
fabricando bajo un cielo ardoroso agujereado por  
la metralla,  
otra vida sencilla y ancha,  
limpia, sencilla y ancha,  
alta, limpia, sencilla y ancha,  
sonora de nuestra voz inevitable.

Con vosotros, brazos conquistadores  
ayer, y hoy ímpetu para desbaratar fronteras;

manos para agarrar estrellas resplandecientes y remotas,  
para rasgar cielos estremecidos y profundos;  
para unir en un mazo las islas del Mar del Sur  
y las islas del Mar Caribe;  
para mezclar en una sola pasta hirviente la roca y el agua  
de todos los océanos;  
para pasear en alto, dorada por el sol de todos  
los amaneceres;  
para pasear en alto, alimentada por el sol de todos  
los meridianos;  
para pasear en alto, goteando sangre del ecuador y de los  
polos;  
para pasear en alto como una lengua que no calla,  
que nunca callará,  
para pasear en alto la bárbara, severa, roja, inmisericorde,  
calurosa, tempestuosa, ruidosa,  
¡para pasear en alto la llama niveladora y segadora  
de la Revolución!  
¡Con vosotros, mulero, cantinero!  
¡Contigo, sí, minero!  
¡Con vosotros, andando,  
disparando, matando!  
¡Eh, mulero, minero, cantinero,  
juntos aquí cantando!

*(Una canción en coro)*

*Todos el camino sabemos;  
están los rifles engrasados;  
están los brazos preparados:  
¡Marchemos!*

*Nada importa morir al cabo,  
pues morir no es tan gran suceso;  
¡malo es ser libre y estar preso,  
malo, estar libre y ser esclavo!*

*Hay quien muere sobre su lecho,  
doce meses agonizando,  
y otros hay que mueren cantando  
con diez balazos sobre el pecho.*

*Todos el camino sabemos;  
están los rifles engrasados;  
están los brazos avisados:  
¡Marchemos!*

Así hemos de ir andando,  
severamente andando, envueltos en el día  
que nace. Nuestros recios zapatos, resonando,  
dirán al bosque trémulo: «!Es que el futuro pasa!»  
Nos perderemos a lo lejos... Se borrará la oscura masa



de hombres, pero en el horizonte, todavía  
como en un sueño, se nos oirá la entera voz vibrando:

*...El camino sabemos...*

*...Los rifles engrasados...*

*...Están los brazos avisados...*

¡Y la canción alegre flotará como una nube sobre la roja  
lejanía!



***EL SON ENTERO***  
**(1947)**



## Guitarra

*A Francisco Guillén*

Tendida en la madrugada,  
la firme guitarra espera:  
voz de profunda madera  
desesperada.

Su clamorosa cintura,  
en la que el pueblo suspira,  
preñada de son, estira  
la carne dura.

Arde la guitarra sola,  
mientras la luna se acaba;  
arde libre de su esclava  
bata de cola.

Dejó al borracho en su coche,  
dejó el cabaret sombrío,  
donde se muere de frío,  
noche tras noche,

y alzó la cabeza fina,  
universal y cubana,

sin opio, ni mariguana,  
ni cocaína.

¡Venga la guitarra vieja,  
nueva otra vez al castigo  
con que la espera el amigo,  
que no la deja!

Alta siempre, no caída,  
traiga su risa y su llanto,  
clave las uñas de amianto  
sobre la vida.

Cógela tú, guitarrero,  
limpiale de alcol la boca,  
y en esa guitarra, toca  
tu son entero.

El son del querer maduro,  
tu son entero;  
el del abierto futuro,  
tu son entero;  
el del pie por sobre el muro,  
tu son entero...

Cógela tú, guitarrero,  
limpiale de alcol la boca,  
y en esa guitarra, toca  
tu son entero.

## Sudor y látigo

Látigo,  
sudor y látigo.

El sol despertó temprano  
y encontró al negro descalzo,  
desnudo el cuerpo llagado,  
sobre el campo.

Látigo,  
sudor y látigo.

El viento pasó gritando:  
—¡Qué flor negra en cada mano!  
La sangre le dijo: ¡vamos!  
Él dijo a la sangre: ¡vamos!  
Partió en su sangre, descalzo.  
El cañaveral, temblando,  
le abrió paso.

Después, el cielo callado,  
y bajo el cielo, el esclavo  
tinto en la sangre del amo.

Látigo,  
sudor y látigo,  
tinto en la sangre del amo;  
látigo,  
sudor y látigo,  
tinto en la sangre del amo,  
tinto en la sangre del amo.



## Ébano real

Te vi al pasar, una tarde,  
ébano, y te saludé:  
duro entre todos los troncos,  
duro entre todos los troncos,  
tu corazón recordé.

Arará, cuévano,  
arará sabalú.

—Ébano real, yo quiero un barco,  
ébano real, de tu negra madera...  
Ahora no puede ser,  
espérate, amigo, espérate,  
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,  
arará sabalú.

—Ébano real, yo quiero un cofre,  
ébano real, de tu negra madera...  
Ahora no puede ser,  
espérate, amigo, espérate,  
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,  
arará sabalú.

—Ébano real, yo quiero un techo,  
ébano real, de tu negra madera...  
Ahora no puede ser,  
espérate, amigo, espérate,  
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,  
arará sabalú.

—Quiero una mesa cuadrada  
y el asta de mi bandera;  
quiero mi pesado lecho,  
quiero mi lecho pesado,  
ébano, de tu madera,  
ay, de tu negra madera...  
Ahora no puede ser,  
espérate, amigo, espérate,  
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,  
arará sabalú.

Te vi al pasar, una tarde,  
ébano, y te saludé:  
duro entre todos los troncos,  
duro entre todos los troncos,  
tu corazón recordé.

## Son número 6

Yoruba soy, lloro en yoruba  
lucumí.

Como soy un yoruba de Cuba,  
quiero que hasta Cuba suba mi llanto yoruba,  
que suba el alegre llanto yoruba  
que sale de mí.

Yoruba soy,  
cantando voy,  
llorando estoy,  
y cuando no soy yoruba,  
soy congo, mandinga, carabalí.  
Atiendan, amigos, mi son, que empieza así:

Adivinanza  
de la esperanza:  
lo mío es tuyo,  
lo tuyo es mío;  
toda la sangre  
formando un río.

La ceiba ceiba con su penacho;  
el padre padre con su muchacho;  
la jicotea en su carapacho.

¡Que rompa el son caliente,  
y que lo baile la gente,  
pecho con pecho,  
vaso con vaso  
y agua con agua con aguardiente!  
Yoruba soy, soy lucumí,  
mandinga, congo, carabalí.  
Atiendan, amigos, mi son, que sigue así:

Estamos juntos desde muy lejos,  
jóvenes, viejos,  
negros y blancos, todo mezclado;  
uno mandando y otro mandado,  
todo mezclado;  
San Berenito y otro mandado,  
todo mezclado;  
negros y blancos desde muy lejos,  
todo mezclado;  
Santa María y uno mandado,  
todo mezclado;  
todo mezclado, Santa María,  
San Berenito, todo mezclado,  
todo mezclado, San Berenito,  
San Berenito, Santa María,  
Santa María, San Berenito,  
¡todo mezclado!

Yoruba soy, soy lucumí,  
mandinga, congo, carabalí.  
Atiendan, amigos, mi son, que acaba así:

Salga el mulato,  
suelte el zapato,  
díganle al blanco que no se va...

De aquí no hay nadie que se separe;  
mire y no pare,  
oiga y no pare,  
beba y no pare,  
coma y no pare,  
viva y no pare,  
¡que el son de todos no va a parar!

## **Cuando yo vine a este mundo**

Cuando yo vine a este mundo,  
nadie me estaba esperando;  
así mi dolor profundo  
se me alivia caminando,  
pues cuando vine a este mundo,  
te digo,  
nadie me estaba esperando.

Miro a los hombres nacer,  
miro a los hombres pasar;  
hay que andar,  
hay que mirar para ver,  
hay que andar.

Otros lloran, yo me río,  
porque la risa es salud:  
lanza de mi poderío,  
coraza de mi virtud.  
Otros lloran, yo me río,  
porque la risa es salud.

Camino sobre mis pies,  
sin muletas ni bastón,  
y mi voz entera es

la voz entera del son.  
Camino sobre mis pies,  
sin muletas ni bastón.

Con el alma en carne viva,  
abajo, sueño y trabajo;  
ya estará el de abajo arriba  
cuando el de arriba esté abajo.  
Con el alma en carne viva,  
abajo, sueño y trabajo.

Hay gentes que no me quieren,  
porque muy humilde soy;  
ya verán como se mueren  
y que hasta su entierro voy,  
con eso y que no me quieren  
porque muy humilde soy.

Miro a los hombres nacer,  
miro a los hombres pasar;  
hay que andar,  
hay que vivir para ver,  
hay que andar.

Cuando yo vine a este mundo,  
te digo,  
nadie me estaba esperando;  
así mi dolor profundo,



te digo,  
se me alivia caminando,  
te digo,  
pues cuando vine a este mundo,  
te digo,  
¡nadie me estaba esperando!

## Una canción en el Magdalena (Colombia)

Sobre el duro Magdalena,  
largo proyecto de mar,  
islas de pluma y arena  
graznan a la luz solar.

Y el boga, boga.

El boga, boga  
preso en su aguda piragua,  
y el remo, rema; interroga  
al agua.

Y el boga, boga.

Verde negro y verde verde,  
la selva elástica y densa,  
ondula, sueña, se pierde,  
camina y piensa.

Y el boga, boga.

¡Puertos  
de oscuros brazos abiertos!  
Niños de vientre abultado  
y ojos despiertos.  
Hambre. Petróleo. Ganado...

Y el boga, boga.

Va la gaviota esquemática,  
con ala breve y sintética,  
volando apática...  
Blanca, la garza esquelética.  
Y el boga, boga.

Sol de aceite. Un mico duda  
si saluda o no saluda  
desde su palo, en la alta  
mata donde chilla y salta  
y suda...  
Y el boga, boga.

¡Ay, qué lejos Barranquilla!  
Vela el caimán a la orilla  
del agua, la boca abierta.  
Desde el pez, la escama brilla.  
Pasa una vaca amarilla  
muerta.  
Y el boga, boga.

El boga, boga,  
sentado,  
boga.

El boga, boga,  
callado,  
boga.

El boga, boga,  
cansado,  
boga...

El boga, boga  
preso en su aguda piragua,  
y el remo, rema: interroga  
al agua.

## Elegía

Por el camino de la mar  
vino el pirata,  
mensajero del Espíritu Malo,  
con su cara de un solo mirar  
y con su monótona pata  
de palo.  
Por el camino de la mar.

Hay que aprender a recordar  
lo que las nubes no pueden olvidar.

Por el camino de la mar,  
con el jazmín y con el toro,  
y con la harina y con el hierro,  
el negro, para fabricar  
el oro;  
para llorar en su destierro  
por el camino de la mar.

¿Cómo vais a olvidar  
lo que las nubes aún pueden recordar?

Por el camino de la mar,  
el pergamino de la ley,

la vara para malmedir,  
y el látigo de castigar,  
y la sífilis del virrey,  
y la muerte, para dormir  
sin despertar,  
por el camino de la mar.

¡Duro recuerdo recordar  
lo que las nubes no pueden olvidar  
por el camino de la mar!

## Son venezolano

Con mi *tres* o con su *cuatro*,  
cante, Juan Bimba,  
yo lo acompaño.

—Canto en Cuba y Venezuela,  
y una canción se me sale:  
¡qué petróleo tan amargo,  
caramba,  
ay, qué amargo este petróleo,  
caramba,  
que a azúcar cubano sabe!

¡Cante, Juan Bimba,  
yo lo acompaño!

La misma mano extranjera  
que está sobre mi bandera,  
la estoy mirando en La Habana:  
¡pobre bandera cubana,  
cubana o venezolana,  
con esa mano extranjera,  
inglesa o americana  
matándonos desde fuera!

¡Cante, Juan Bimba,  
yo lo acompaño!

—Zamora, véngase acá,  
tráigase sus huesos juntos,  
y dejando a los difuntos  
camine y despierte ya.  
Aquí este bojote está  
muy parecido al sesenta:  
el que puede, se calienta,  
el que no, se pone a enfriar,  
y a la hora de contar  
todos enredan la cuenta.

¡Cante, Juan Bimba,  
yo lo acompaño!

—Ando a pie, bebo parado,  
me buscan cuando hago falta,  
y mi cobija es tan alta  
que duermo sobre ella echado.  
Éste es mi canto cerrado,  
que en vez de cantar recito;  
ahora lo digo pasito,  
porque es cosa suya y mía,  
pero así que llegue el día,  
en vez de cantar, ¡lo grito!

¡Grite, Juan Bimba,  
yo lo acompaño!



## **Barlovento**

*(Venezuela)*

### **1**

Cuelga colgada,  
cuelga en el viento,  
la gorda luna  
de Barlovento.

Mar: Higuerote.  
(La selva untada  
de chapapote.)

Río: Río Chico.  
(Sobre una palma,  
verde abanico,  
duerme un zamuro  
de negro pico.)

Blanca y cansada,  
la gorda luna  
cuelga colgada.

El mismo canto  
y el mismo cuento,  
bajo la luna  
de Barlovento.

Negro con hambre,  
piernas de sogá,  
brazos de alambre.

Negro en camisa,  
tuberculosis  
color ceniza.

Negro en su casa,  
cama en el suelo,  
fogón sin brasa.

¡Qué cosa cosa  
más triste triste,  
más lastimosa!

(Blanca y cansada,  
la gorda luna  
cuelga colgada.)

### 3

Suena, guitarra  
de Barlovento,  
que lo que digas  
lo lleva el viento.

—Dorón dorando,  
un negro canta,  
y está llorando.

—Dorón dorendo,  
amigos, sepan  
que no me vendo.

—Dorón dorindo,  
si me levanto,  
ya no me rindo.

—Dorón dorondo,  
de un negro hambriento  
yo no respondo.

(Blanca y cansada,  
la gorda luna  
cuelga colgada.)

## Glosa

*No sé si me olvidarás,  
ni si es amor este miedo:  
yo sólo sé que te vas,  
yo sólo sé que me quedo.*

ANDRÉS ELOY BLANCO

### 1

Como la espuma sutil  
en que el mar muere deshecho,  
cuando roto el verde pecho  
se desangra en el cantil,  
no servido, sí servil,  
sirvo a tu orgullo no más,  
y aunque la muerte me das,  
ya me ganes o me pierdas,  
sin saber si me recuerdas  
*no sé si me olvidarás.*

### 2

Flor que sólo una mañana  
duraste en mi huerto amado,

del sol herido y quemado  
tu cuello de porcelana:  
quiso en vano mi ansia vana  
taparte el sol con un dedo;  
hoy así a la angustia cedo  
y al miedo, la frente mustia...  
No sé si es odio esta angustia,  
*ni si es amor este miedo.*

### 3

¡Qué largo camino anduve  
para llegar hasta ti,  
y qué remota te vi  
cuando junto a mí te tuve!  
Estrella, celaje, nube,  
ave de pluma fugaz,  
ahora que estoy donde estás,  
te deshaces, sombra helada:  
ya no quiero saber nada;  
*yo sólo sé que te vas.*

### 4

¡Adiós! En la noche inmensa,  
y en alas del viento blando,  
veré tu barca bogando,  
la vela impoluta y tensa.  
Herida el alma y suspensa

te seguiré, si es que puedo;  
y aunque iluso me concedo  
la esperanza de alcanzarte,  
ante esa vela que parte,  
*yo sólo sé que me quedo.*

## Palma sola

La palma que está en el patio  
nació sola;  
creció sin que yo la viera,  
creció sola;  
bajo la luna y el sol,  
vive sola.

Con su largo cuerpo fijo,  
palma sola;  
sola en el patio sellado,  
siempre sola,  
guardián del atardecer,  
sueña sola.  
La palma sola soñando,  
palma sola.  
que va libre por el viento,  
libre y sola,  
suelta de raíz y tierra,  
suelta y sola;  
cazadora de las nubes,  
palma sola,  
palma sola,  
palma.

## Agua del recuerdo...

¿Cuándo fue?

No lo sé.

Agua del recuerdo

voy a navegar.

Pasó una mulata de oro,  
y yo la miré al pasar:  
moño de seda en la nuca,  
bata de cristal,  
niña de espalda reciente,  
tacón de reciente andar.

Caña

(febril le dije en mí mismo),

caña

temblando sobre el abismo,

¿quién te empujará?

¿Qué cortador con su mocha  
te cortará?

¿Qué ingenio con su trapiche  
te molerá?



El tiempo corrió después,  
corrió el tiempo sin cesar,  
yo para allá, para aquí,  
yo para aquí, para allá,  
para allá, para aquí,  
para aquí, para allá...

Nada sé, nada se sabe,  
ni nada sabré jamás,  
nada han dicho los periódicos,  
nada pude averiguar,  
de aquella mulata de oro  
que una vez miré al pasar,  
moño de seda en la nuca,  
bata de cristal,  
niña de espalda reciente,  
tacón de reciente andar.

## La vida empieza a correr...

La vida empieza a correr  
de un manantial, como un río;  
a veces, el cauce sube,  
a veces, el cauce sube,  
y otras se queda vacío.

Del manantial que brotó  
para darte vida a ti,  
ay, ni una gota quedó  
para mí:  
la tierra se lo bebió.

Aunque tú digas que no,  
el mundo sabe que sí,  
que ni una gota quedó  
del manantial que brotó  
para darte vida a ti.

## **Pero que te pueda ver**

Si es que me quieres matar,  
no esperes a que me duerma,  
pues no podré despertar.  
Muerto,  
ay, muerto y también dormido,  
no es ni morir ni soñar,  
no es ni recuerdo ni olvido.  
Muerto,  
ay, muerto y también dormido.

Mátame al amanecer,  
o de noche, si tú quieres;  
pero que te pueda ver  
la mano;  
pero que te pueda ver  
las uñas;  
pero que te pueda ver  
los ojos;  
pero que te pueda ver.

## El negro mar

La noche morada sueña  
sobre el mar;  
la voz de los pescadores  
mojada en el mar;  
sale la luna chorreando  
del mar.

El negro mar.

Por entre la noche un son,  
desemboca en la bahía;  
por entre la noche un son.  
Los barcos lo ven pasar,  
por entre la noche un son,  
encendiendo el agua fría.  
Por entre la noche un son,  
por entre la noche un son,  
por entre la noche un son...

El negro mar.

—Ay, mi mulata de oro fino,  
ay, mi mulata  
de oro y plata,

con su amapola y su azahar,  
al pie del mar hambriento y masculino,  
al pie del mar.

## Ácana

Allá dentro, en el monte,  
donde la luz acaba,  
allá en el monte adentro,  
ácana.

Ay, ácana con ácana,  
con ácana;  
ay, ácana con ácana.  
El horcón de mi casa.

Allá dentro, en el monte,  
ácana,  
bastón de mis caminos,  
allá en el monte adentro...

Ay, ácana con ácana,  
con ácana;  
ay, ácana con ácana.

Allá dentro, en el monte,  
donde la luz acaba,  
tabla de mi sarcófago,  
allá en el monte adentro...

Ay, ácana con ácana,  
con ácana;  
ay, ácana con ácana.  
Con ácana.

## Iba yo por un camino

Iba yo por un camino,  
cuando con la Muerte di.  
—¡Amigo! —gritó la Muerte—  
pero no le respondí,  
pero no le respondí;  
miré no más a la Muerte,  
pero no le respondí.

Llevaba yo un lirio blanco,  
cuando con la Muerte di.  
Me pidió el lirio la Muerte,  
pero no le respondí,  
pero no le respondí;  
miré no más a la Muerte,  
pero no le respondí.

Ay, Muerte,  
si otra vez volviera a verte,  
iba a platicar contigo  
como un amigo:  
mi lirio, sobre tu pecho,  
como un amigo:  
mi beso, sobre tu mano,  
como un amigo;  
yo, detenido y sonriente,  
como un amigo.



## La tarde pidiendo amor

La tarde pidiendo amor.  
Aire frío, cielo gris.  
Muerto sol.  
La tarde pidiendo amor.

Pienso en sus ojos cerrados,  
la tarde pidiendo amor,  
y en sus rodillas sin sangre,  
la tarde pidiendo amor,  
y en sus manos de uñas verdes,  
y en su frente sin color,  
y en su garganta sellada...  
La tarde pidiendo amor,  
la tarde pidiendo amor,  
la tarde pidiendo amor.

No.  
No, que me sigue los pasos,  
no;  
que me habló, que me saluda,  
no;  
que miro pasar su entierro,  
no;  
que me sonríe, tendida,

tendida, suave y tendida,  
sobre la tierra, tendida,  
muerta de una vez, tendida...

No.

## Rosa tú, melancólica

El alma vuela y vuela  
buscándote a lo lejos,  
Rosa tú, melancólica  
rosa de mi recuerdo.  
Cuando la madrugada  
va el campo humedeciendo,  
y el día es como un niño  
que despierta en el cielo,  
Rosa tú, melancólica,  
ojos de sombra llenos,  
desde mi estrecha sábana  
toco tu firme cuerpo.  
Cuando ya el alto sol  
ardió con su alto fuego,  
cuando la tarde cae  
del ocaso deshecho,  
yo en mi lejana mesa  
tu oscuro pan contemplo.  
Y en la noche cargada  
de ardoroso silencio,  
Rosa tú, melancólica  
rosa de mi recuerdo,  
dorada, viva y húmeda,  
bajando vas del techo,

tomas mi mano fría  
y te me quedas viendo.  
Cierro entonces los ojos,  
pero siempre te veo,  
clavada allí, clavando  
tu mirada en mi pecho,  
larga mirada fija,  
como un puñal de sueño.

***ELEGÍAS***  
**(1948-1958)**



## Elegía cubana

*Cuba, isla de América Central, la mayor  
de las Antillas, situada a la entrada del  
Golfo de México...*

LAROUSSE ILUSTRADO

Cuba, palmar vendido,  
sueño descuartizado,  
duro mapa de azúcar y de olvido...  
¿Dónde, fino venado,  
de bosque en bosque y bosque perseguido,  
bosque hallarás en que lamer la sangre  
de tu abierto costado?  
Al abismo colérico  
de tu incansable pecho acantilado  
me asomo y siento el lúgubre  
latir del agua insomne;  
siento cada latido  
como de un mar en diástole,  
como de un mar en sístole,  
como de un mar concéntrico,  
de un mar como en sí mismo derramado.  
Lo saben ya, lo han visto  
las mulatas con hombros de caoba,  
las guitarras con vientre de mulata;

lo repiten, lo han visto  
las noches en el puerto,  
donde bajo un gran cielo de hojalata  
flota un velero muerto.  
Lo saben el tambor y el cocodrilo,  
los choferes, el Vista  
de la Aduana, el turista  
de asombro militante;  
lo aprendió la botella  
en cuyo fondo se ahoga una estrella;  
lo aprendieron, lo han visto  
la calle con un niño de cien años,  
el ron, el bar, la rosa, el marinero  
y la mujer que pasa de repente,  
en el pecho clavado  
un puñal de aguardiente.

Cuba, tu caña miro  
gemir, crecer ansiosa,  
larga, larga, como un largo suspiro.  
Medio a medio del aire  
el humo amargo de tu incendio aspiro;  
allí su cuerno erigen,  
deshaciéndose en mínimos relámpagos  
pequeños diablos que convoca y cita  
la Ambición con su trompa innumerable.  
Allí su negra pólvora vistiendo  
el joven de cobarde dinamita



que asesina sonriendo,  
y el cacique tonante, breve Júpiter,  
mandarín bien mandado,  
que estalla de improviso, sube, sube  
y cuándo más destella,  
maromero en la punta de una nube,  
¡ay! también de improviso baja, baja  
y en la roca se estrella,  
cadáver sin discurso ni mortaja.  
Allí el tragón avaro,  
uña y pezuña a fondo en la carroña,  
y el general de charretera y moña  
que el Olimpo trepó sin un disparo,  
y el doctor de musgosa calavera,  
siempre de espaldas a la primavera...

Afuera está el vecino.  
Tiene el teléfono y el submarino.  
Tiene una flota bárbara, una flota  
bárbara... Tiene una montaña de oro  
y un mirador y un coro  
de águilas y una nube de soldados  
ciegos, sordos, armados  
por el miedo y el odio. (Sus banderas  
empastadas en sangre, un fisiológico  
hedor esparcen que demora el vuelo  
de las moscas.) Afuera está el vecino,  
rodeado de fieras

nocturnas, enviando embajadores,  
carne de buey en latas, pugilistas,  
convoyes, balas, tuercas, armadores,  
efebos onanistas,  
ruedas para centrales, chimeneas  
con humo ya, zapatos de piel dura,  
chicle, tabaco rubio, gasolina,  
ciclones, cambios de temperatura,  
y también desde luego,  
tropas de infantería de marina,  
porque es útil (a veces) hacer fuego...  
¿Qué más, qué más? El campo roto y ciego  
vomitando sus sombras al camino  
bajo la fusta de los mayores,  
y la ciudad caída, sin destino,  
de smoking en el club, o sumergida,  
lenta, viscosa, en fiebres y hospitales,  
donde mueren soñando con la vida  
gentes ya de proyectos animales...

¿Y nada más? —preguntan  
gargantas y gargantas que se juntan.  
Ahí está Juan Descalzo. Todavía  
su noche espera el día.  
Ahí está Juan Montuno,  
en la bandurria el vegetal suspiro,  
múltiple el canto y uno.

Está Juan Negro, hermano  
de Juan Blanco, los dos la misma mano.  
Está, quiero decir, Juan Pueblo, sangre  
nuestra diseminada y numerosa:  
estoy yo con mi canto,  
estás tú con tu rosa  
y tú con tu sonrisa  
y tú con tu mirada  
y hasta tú con tu llanto  
de punta —cada lágrima una espada.  
Habla Juan Pueblo, dice:  
—Alto Martí, tu azul estrella enciende.  
Tu lengua principal corte la bruma.  
El fuego sacro en la montaña prende.  
Habla Juan Pueblo, dice:  
—Maceo de metal, machete amigo,  
rayo, campana, espejo,  
herido vas, tu rojo rastro sigo.  
Otra vez Peralejo  
bien pudiera marcar con dura llama  
no la piel del león domado y viejo,  
sino el ala del pájaro sangriento  
que desde el alto Norte desparrama  
muerte, gusano y muerte, cruz y muerte,  
lágrima y muerte, muerte y sepultura,  
muerte y microbio, muerte y bayoneta,  
muerte y estribo, muerte y herradura,  
muerte de arma secreta,

muerte del muerto herido solitario,  
muerte del joven de verde corona,  
muerte del inocente campanario;  
muerte previa, prevista,  
ensayada en Las Vegas,  
con aviones a chorro y bombas ciegas.  
Habla Juan Pueblo, dice:  
—A mitad del camino,  
¡ay! sólo ayer la marcha se detuvo;  
siniestro golpe a derribarnos vino,  
golpe siniestro el ímpetu contuvo.  
Mas el hijo, que apenas  
supo del padre el nombre al mármol hecho,  
si heredó las cadenas,  
también del padre el corazón metálico  
trajo con él: le brilla  
como una flor de bronce sobre el pecho.  
Solar y coronado  
de vengativas rosas,  
de su fulgor armado,  
la vieja marcha el héroe niño emprende:  
en foso, almena, muro,  
el hierro marca, ofende  
y en la noche reparte el fuego puro...  
Brilla Maceo en su cenit seguro.  
Alto Martí su azul estrella enciende.

## El apellido

### *Elegía familiar*

#### I

Desde la escuela  
y aún antes... Desde el alba, cuando apenas  
era una brizna yo de sueño y llanto,  
desde entonces,  
me dijeron mi nombre. Un santo y seña  
para poder hablar con las estrellas.  
Tú te llamas, te llamarás...  
Y luego me entregaron  
esto que veis escrito en mi tarjeta,  
esto que pongo al pie de mis poemas:  
las trece letras  
que llevo a cuestas por la calle,  
que siempre van conmigo a todas partes.  
¿Es mi nombre, estáis ciertos?  
¿Tenéis todas mis señas?  
¿Ya conocéis mi sangre navegable,  
mi geografía llena de oscuros montes,  
de hondos y amargos valles  
que no están en los mapas?  
¿Acaso visitásteis mis abismos,  
mis galerías subterráneas  
con grandes piedras húmedas,

islas sobresaliendo en negras charcas  
y donde un puro chorro  
siento de antiguas aguas  
caer desde mi alto corazón  
con fresco y hondo estrépito  
en un lugar lleno de ardientes árboles,  
monos equilibristas,  
loros legisladores y culebras?  
¿Toda mi piel (debí decir),  
toda mi piel viene de aquella estatua  
de mármol español? ¿También mi voz de espanto,  
el duro grito de mi garganta? ¿Vienen de allá  
todos mis huesos? ¿Mis raíces y las raíces  
de mis raíces y además  
estas ramas oscuras movidas por los sueños  
y estas flores abiertas en mi frente  
y esta savia que amarga mi corteza?  
¿Estáis seguros?  
¿No hay nada más que eso que habéis escrito,  
que eso que habéis sellado  
con un sello de cólera?  
(¡Oh, debí haber preguntado!)

Y bien, ahora os pregunto:  
¿No veis estos tambores en mis ojos?  
¿No veis estos tambores tensos y golpeados  
con dos lágrimas secas?  
¿No tengo acaso

un abuelo nocturno  
con una gran marca negra  
(más negra todavía que la piel),  
una gran marca hecha de un latigazo?  
¿No tengo pues  
un abuelo mandinga, congo, dahomeyano?  
¿Cómo se llama? ¡Oh, sí, decídmelo!  
¿Andrés? ¿Francisco? ¿Amable?  
¿Cómo decís Andrés en congo?  
¿Cómo habéis dicho siempre  
Francisco en dahomeyano?  
En mandinga ¿cómo se dice Amable?  
¿O no? ¿Eran, pues, otros nombres?  
¡El apellido, entonces!  
¿Sabéis mi otro apellido, el que me viene  
de aquella tierra enorme, el apellido  
sangriento y capturado, que pasó sobre el mar  
entre cadenas, que pasó entre cadenas sobre el mar?  
¡Ah, no podéis recordarlo!  
Lo habéis disuelto en tinta inmemorial.  
Lo habéis robado a un pobre negro indefenso.  
Lo escondisteis, creyendo  
que iba a bajar los ojos yo de la vergüenza.  
¡Gracias!  
¡Os lo agradezco!  
¡Gentiles gentes, thank you!  
Merci!  
Merci bien!

Merci beaucoup!  
Pero no... ¿Podéis creerlo? No.  
Yo estoy limpio.  
Brilla mi voz como un metal recién pulido.  
Mirad mi escudo: tiene un baobab,  
tiene un rinoceronte y una lanza.  
Yo soy también el nieto,  
biznieto,  
tataranieto de un esclavo.  
(Que se avergüence el amo.)  
¿Seré Yelofe?  
¿Nicolás Yelofe, acaso?  
¿O Nicolás Bakongo?  
¿Tal vez Guillén Banguila?  
¿O Kumbá?  
¿Quizá Guillén Kumbá?  
¿O Kongué?  
¿podía ser Guillén Kongué?  
¡Oh, quién lo sabe!  
¡Qué enigma entre las aguas!

## II

Siento la noche inmensa gravitar  
sobre profundas bestias,  
sobre inocentes almas castigadas;  
pero también sobre voces en punta,  
que despojan al cielo de sus soles,



los más duros,  
para condecorar la sangre combatiente.  
De algún país ardiente, perforado  
por la gran flecha ecuatorial,  
sé que vendrán lejanos primos,  
remota angustia mía disparada en el viento;  
sé que vendrán pedazos de mis venas,  
sangre remota mía,  
con duro pie aplastando las hierbas asustadas;  
sé que vendrán hombres de vidas verdes,  
remota selva mía,  
con su dolor abierto en cruz y el pecho rojo en llamas.  
Sin conocernos nos reconoceremos en el hambre,  
en la tuberculosis y en la sífilis,  
en el sudor comprado en bolsa negra,  
en los fragmentos de cadenas  
adheridos todavía en la piel;  
sin conocernos nos reconoceremos  
en los ojos cargados de sueños  
y hasta en los insultos como piedras  
que nos escupen cada día  
los cuadrumanos de la tinta y el papel.  
¿Qué ha de importar entonces  
(¡qué ha de importar ahora!)  
¡ay! mi pequeño nombre  
de trece letras blancas?  
¿Ni el mandinga, bantú,  
yoruba, dahomeyano

nombre del triste abuelo ahogado  
en tinta de notario?  
¿Qué importa, amigos puros?  
¡Oh, sí, puros amigos,  
venid a ver mi nombre!  
Mi nombre interminable,  
hecho de interminables nombres;  
el nombre mío, ajeno,  
libre y mío, ajeno y vuestro,  
ajeno y libre como el aire.

## Elegía a Emmett Till

*El cuerpo mutilado de Emmett Till, 14 años, de Chicago, Illinois, fue extraído del río Tallahatchie, cerca de Greenwood, el 31 de agosto, tres días después de haber sido raptado de la casa de su tío, por un grupo de blancos armados de fusiles...*

*The Crisis, New York, octubre de 1955.*

En Norteamérica,  
la Rosa de los Vientos  
tiene el pétalo sur rojo de sangre.

El Mississippi pasa  
¡oh viejo río hermano de los negros!,  
con las venas abiertas en el agua,  
el Mississippi cuando pasa.  
Suspira su ancho pecho  
y en su guitarra bárbara,  
El Mississippi cuando pasa  
llora con duras lágrimas.

El Mississippi pasa  
y mira el Mississippi cuando pasa  
árboles silenciosos  
de donde cuelgan gritos ya maduros,  
el Mississippi cuando pasa,  
y mira el Mississippi cuando pasa  
cruces de fuego amenazante,

el Mississippi cuando pasa,  
y hombres de miedo y alarido  
el Mississippi cuando pasa,  
y la nocturna hoguera  
a cuya luz caníbal  
danzan los hombres blancos,  
y la nocturna hoguera  
con un eterno negro ardiendo,  
un negro sujetándose  
envuelto en humo el vientre desprendido,  
los intestinos húmedos,  
el perseguido sexo,  
allá en el Sur alcohólico,  
allá en el Sur de afrenta y látigo,  
el Mississippi cuando pasa.

Ahora ¡oh Mississippi,  
oh viejo río hermano de los negros!,  
ahora un niño frágil,  
pequeña flor de tus riberas,  
no raíz todavía de tus árboles,  
no tronco de tus bosques  
no piedra de tu lecho,  
no caimán de tus aguas:  
un niño apenas,  
un niño muerto, asesinado y solo,  
negro.

Un niño con su trompo,  
con sus amigos, con su barrio,  
con su camisa de domingo,  
con su billete para el cine,  
con su pupitre y su pizarra,  
con su pomo de tinta,  
con su guante de béisbol,  
con su programa de boxeo,  
con su retrato de Lincoln,  
con su bandera norteamericana,  
negro.

Un niño negro asesinado y solo,  
que una rosa de amor  
arrojó al paso de una niña blanca.

¡Oh viejo Mississippi,  
oh rey, oh río de profundo manto!,  
detén aquí tu procesión de espumas,  
tu azul carroza de tracción oceánica:  
mira este cuerpo leve,  
ángel adolescente que llevaba  
no bien cerradas todavía  
las cicatrices en los hombros  
donde tuvo las alas;  
mira este rostro de perfil ausente,  
deshecho a piedra y piedra,  
a plomo y piedra,

a insulto y piedra;  
mira este abierto pecho,  
la sangre antigua ya de duro coágulo.  
Ven y en la noche iluminada  
por una luna de catástrofe,  
la lenta noche de los negros  
con sus fosforecencias subterráneas,  
ven y en la noche iluminada,  
dime tú, Mississippi,  
si podrás contemplar con ojos de agua ciega  
y brazos de titán indiferente,  
este luto, este crimen,  
este mínimo muerto sin venganza,  
este cadáver colosal y puro:  
ven y en la noche iluminada,  
tú, cargado de puños y pájaros,  
de sueños y metales,  
ven y en la noche iluminada,  
oh viejo río hermano de los negros,  
ven y en la noche iluminada,  
ven y en la noche iluminada,  
dime tú, Mississippi...

## Elegía a Jacques Roumain

Grave la voz tenía.  
Era triste y severo.  
De luna fue y de acero.  
Resonaba y ardía.

Envuelto en luz venía.  
A mitad del sendero  
sentóse y dijo: —¡Muero!  
(Aún era sueño el día.)

Pasar su frente bruna,  
volar su sombra suave,  
dime, haitiano, si viste.

De acero fue y de luna.  
Tenía la voz grave.  
Era severo y triste.

¡Ay, bien sé, bien se sabe que estás muerto!  
Rostro fundamental, seno profundo,  
oh tú, dios abatido,  
muerto ya como muere todo el mundo.  
Muerto de piel ausente y de pulido  
frontal, tu filosófico y despierto

cráneo de sueño erguido;  
muerto sin ropa ni mortaja, muerto  
flotando en aguas de implacable olvido,  
muerto ya, muerto ya, muerto ya, muerto.

Sin embargo, recuerdo.  
Recuerdo, sin embargo.  
Por ejemplo, recuerdo su levita  
de prócer cotidiano:  
la de París  
en humo gris,  
en persistente gris  
la de París  
y la levita en humo azul del traje haitiano.  
Recuerdo sus zapatos,  
franceses todavía  
y el pantalón a rayas que tenía  
en una foto, en México, de cónsul.  
Recuerdo  
su cigarrillo demoníaco  
de fuego perspicaz;  
recuerdo su escritura de letras desligadas,  
independientes, tímidas, duras, de pie, a la izquierda;  
recuerdo  
su pluma fuente corta, negra, gruesa, «Pelikano»,  
de gutapercha y oro;  
recuerdo  
su cinturón de hebilla con dos letras.



(¿O una sola? No sé, me falla,  
se me va en esto un poco la memoria;  
tal vez era una sola, una gran R,  
pero no estoy seguro...)

Recuerdo

sus corbatas, sus medias, sus pañuelos,  
recuerdo

su llavero, sus libros, su cartera.

(Una cartera de Ministro,  
ambiciosa, de cuero.)

Recuerdo

sus poemas inéditos,

sus papeles polémicos

y sus apuntes sobre negros.

Quizás haya también todo ya muerto,

o cuando más sean cosas de museo

familiar. Yo las conservo,

por aquí están, las guardo.

Quiero decir que las recuerdo.

¿Y lo demás, lo otro,

lo que hablábamos, Jacques?

¡Ay, lo demás no cambia, eso no cambia!

Allí está, permanece

como una gran página de piedra

que todos leen, leen, leen;

como una gran página sabida y resabida,

que todos dicen de memoria,

que nadie dobla,  
que nadie vuelve, arranca  
de ese tremendo libro abierto haitiano,  
de ese tremendo libro abierto  
por esa misma página sangrienta haitiana,  
por esa misma, sola, única abierta página  
terrible haitiana hace trescientos años!  
Sangre en las espaldas del negro inicial.  
Sangre en el pulmón de Louverture.  
Sangre en las manos de Leclerc  
temblorosas de fiebre.  
Sangre en el látigo de Rochambeau  
con sus perros sedientos.  
Sangre en el Pont-Rouge.  
Sangre en la Citadelle.  
Sangre en la bota de los yanquis.  
Sangre en el cuchillo de Trujillo.  
Sangre en el mar, en el cielo, en la montaña.  
Sangre en los ríos, en los árboles.  
Sangre en el aire.  
(Olvidaba decir que justamente, Jacques,  
el personaje de este poema,  
murmuraba a veces: —Haití  
es una esponja empapada en sangre.)

¿Quién va a exprimir la esponja, la insaciable  
esponja? Tal vez él,  
con su rabia de siglos. Tal vez él,

con sus dedos de sueño. Tal vez el,  
con su celeste fuerza...  
Él Monsieur Jacques Roumain,  
que hablaba en nombre  
del negro Emperador, del negro Rey,  
del negro Presidente  
y de todos los negros que nunca fueron más que

Jean  
Pierre  
Victor  
Candide  
Jules  
Charles  
Stephen  
Raymond  
André.

Negros descalzos frente al Champ de Mars,  
o en el tibio mulato camino de Petionville,  
o más arriba,  
en el ya frío blanco camino de Kenskoff:  
negros no fundados aún,  
sombras, zombies,  
lentos fantasmas de la caña y el café,  
carne febril, desgarradora,  
primaria, pantanosa, vegetal.  
Él va a exprimir la esponja,  
él va a exprimirla.

Verá entonces el sol duro antillano,  
cual si estallara telúrica vena,  
enrojecer el pávido océano.

Y flotar sin dogal y sin cadena  
cuellos puros en suelta muchedumbre,  
almas no, pero sí cuerpos en pena.

Móvil incendio de afilada lumbre,  
lamerá con su lengua prometida  
del fijo llano a la nublada cumbre.

¡Oh aurora de los tiempos, encendida!  
¡Oh mar, oh mar de sangre desbordado!  
El pasado no ha pasado.  
La nueva vida espera nueva vida.

Y bien, en eso estamos, Jacques, lejano amigo.  
No porque te hayas ido,  
no porque te llevaran, mejor dicho,  
no porque te cerraran el camino,  
se ha detenido nadie, nadie se ha detenido.  
A veces hace frío, es cierto. Otras, un estampido  
nos ensordece. Hay horas de aire líquido,  
lacrimosas, de estertor y gemido.  
En ocasiones logra, obtiene un río  
desbaratar un puente con su brutal martillo...  
Mas a cada suspiro nace un niño.

Cada día la noche pare un sol amarillo  
y optimista, que fecunda el baldío.  
Muele su dura cosecha el molino.  
Alzase, crece la espiga del trigo.  
Cúbrese de rojas banderas los himnos.  
¡Mirad! ¡Llegan envueltos en polvo y harapos los  
primeros vencidos!

El día inicial inicia su gran luz de verano.  
Venga mi muerto grave, suave, haitiano,  
y alce otra vez hecha puño tempestuoso la mano.  
Cantemos nuestra fraterna canción, hermano.

Florece plantada la vieja lanza.

*Quema en las manos la esperanza.*

*La aurora es lenta, pero avanza.*

Cantemos frente a los frescos siglos recién despiertos,  
bajo la estrella madura suspendida en la nocturna  
fragancia  
y a lo largo de todos los caminos abiertos en la distancia.

Cantemos, pues, querido,  
pisando el látigo caído  
del puño del amo vencido,  
una canción que nadie haya cantado:  
(*Florece plantada la vieja lanza*)  
una húmeda canción tendida

*(Quema en las manos la esperanza)*  
de tu garganta en sombras, más allá de la vida,  
*(La aurora es lenta, pero avanza)*  
a mi clarín terrestre de cobre ensangrentado!

## Elegía camagüeyana

¡Oh Camagüey, oh suave  
comarca de pastores y sombreros!  
No puedo hablar, pero me gritan  
la noche, este misterio;  
no puedo hablar, pero me obligan  
el perfil de mi padre, su índice de recuerdo;  
no puedo hablar, pero me llaman  
su detenida voz y el sollozo del viento.

¡Oh Camagüey, oh santo  
camposanto, santo, santo! Beso  
tu piedra secular, tu frente ennegrecida;  
piso con mis zapatos de retorno,  
con mis pies de ida y vuelta,  
el gran reposo de tu pecho.  
Me veo partir como un jinete. Busco  
en tu violada niebla matinal  
una calle y la sigo  
por entre el laberinto de mi infancia,  
por entre las iglesias torrenciales,  
por entre los machetes campesinos,  
por entre plazas, sangres, gritos  
de otro tiempo.

Es un sueño.  
Oh, mi pueblo.

La voz de una guitarra suspendida  
sueña, llora en el aire:

*Clavel de la madrugada,  
el de celeste arrebol,  
ya quema el fuego del sol  
tu gran corola pintada.  
Mi bandurria desvelada,  
espejo en que yo me miro,  
desde el humilde retiro  
de la ciudad que despierta,  
al recordar a mi muerta,  
se me rompe en un suspiro.*

Andando voy. Encuentro  
caballos soñolientos  
y vendedores soñolientos  
y borrachos de vuelta, soñolientos:  
caigo, lloro; tropiezo  
con gentes de otro tiempo,  
con gentes de allá lejos,  
que ruedan, se deslizan  
de otro tiempo.  
Es un sueño.  
Oh, mi pueblo.



Si yo pudiera  
Confiar a una guitarra compañera  
mi pena simple, cantaríla:

*Aquí estoy ¡oh tierra mía!  
en tus calles empedradas,  
donde de niño, en bandadas  
con otros niños, corría.  
¡Puñal de melancolía  
este que me va a matar,  
pues si alcancé a regresar,  
me siento, desde que vine,  
como en la sala de un cine,  
viendo mi vida pasar!*

Repito nombres ya desabrigados,  
a la intemperie; nombres como huesos  
de antepasados prehistóricos.  
(Mi prehistoria: ayer apenas,  
hoy mismo todavía y mañana tal vez.)  
¿Dónde está Ñico López, farmacéutico  
y amigo? ¿Dónde está, por ejemplo,  
Esteban Cores, empleado  
municipal, redonda cara roja  
con su voz suave y ronca?  
¿A dónde fue mi abuela pequeña,  
caminadora pequeña,  
Pepilla pequeña,

con su voz asfixiada y su pañuelo  
de cáncer ya en el cuello,  
mi abuela pequeñita?  
¿Y el policía Caanmañ, con altos ojos verdes  
y boca de dos dientes?  
¿Y dónde está Zamora, el policía  
negro, corpachón de gigante,  
sonrisa de hombre bueno?  
(¡Zamora, que allá viene Zamora!  
Era el grito de espanto  
sobre mis juegos, terror de mis esparcimientos.)  
¿Y mi compadre Agustín Pueyo,  
que hablaba de Aristóteles  
en las tertulias de «Maceo»?  
De repente me acuerdo  
de Serafín Toledo,  
su gran nariz, su carcajada,  
sus tijeras de sastre,  
lo veo.  
De Tomás Vélez tengo  
(de Tomás Vélez, mi maestro)  
el pizarrón con logaritmos  
y un colmenar oscuro de abejas matemáticas  
en el Callejón de la Risa.  
Apeles Pla me espera,  
pintor municipal de viento y polvo,  
el Enemigo Bueno,  
diablo mayor, que me enseño

la primera mujer y el primer trago.  
¿Y aquel ancho periódico  
donde el señor Bielsa desataba  
ríos editoriales? ¿Dónde está el coche,  
con su tin-tán, tin-tán,  
con su tin-tán el coche  
de don Miguel Ramírez, médico  
quebradizo y panal que tuvo fuerzas  
para arrancarme de raíz? Encuentro  
en un recodo del recuerdo,  
frente a un muro de plomos alfabetos,  
a Próspero Carreras, el tipógrafo  
casi mongol, breve chispazo eléctrico  
allá en la suave imprenta provinciana  
de mi niñez. Ahí pasa  
Cándido Salazar, que repartía  
de barrio en barrio y sueño liberal,  
repartía  
con su perfil de emperador romano,  
repartía  
bajo un cielo de estrellas y murciélagos,  
en la noche reciente repartía  
rosas de tinta y sangre  
cortadas por mi padre para el pueblo.  
Calle del Hospital, recorro  
tu antigua piel de barro mordida por el viento.  
No olvidé, no he olvidado,  
calle de San Ignacio,

el gran balcón aéreo  
de la terrestre casa donde soñó don Sixto,  
que fue abogado y mi padrino.  
Búscame, calle de San Miguel, de nuevo  
aquel pupitre público  
lleno de cicatrices cortaplumas  
y el aula pajarera, fino trueno  
colmenar y la ancha voz metálica  
de Luis Manuel de Varona.

Vengo de andar y aquí me quedó,  
con mi pueblo.  
Vengo con mis recuerdos,  
vengo con mis heridas y mis versos.

*Mi madre está en la ventana  
de mi casa cuando llego;  
ella, que fue llanto y ruego,  
cuando partí una mañana.  
De su cabellera cana  
toma ejemplo el algodón,  
y de sus ojos, que son  
ojos de suave paloma,  
latiendo de nuevo, toma  
nueva luz mi corazón.*

Vengo de andar y aquí me hundo, en esta espuma.  
Vengo de andar y aquí me tiendo, en esta hierba.

Aquí vengo a jugar, en esta plaza.  
Aquí vengo a cantar, bajo estas nubes,  
junto a verdes guitarras temblorosas,  
de muslos entreabiertos.  
Gente de urgencia diaria,  
voces, gargantas, uñas  
de la calle, límpidas almas cotidianas,  
héroes no, fondo de historia,  
sabed que os hablo y sueño,  
sabed que os busco en medio de la noche,  
en medio de la noche,  
sabed que os busco en medio de la noche,  
la noche, este silencio,  
en medio de la noche y la esperanza.



***LA PALOMA DE VUELO POPULAR***  
**(1958)**





## Arte poética

Conozco la azul laguna  
y el cielo doblado en ella.  
Y el resplandor de la estrella.  
Y la luna.

En mi chaqueta de abril  
prendí una azucena viva,  
y besé la sensitiva  
con labios de toronjil.

Un pájaro principal  
me enseñó el múltiple trino.  
Mi vaso apuré de vino.  
Sólo me queda el cristal.

¿Y el plomo que zumba y mata?  
¿Y el largo encierro?  
¡Duro mar y olas de hierro,  
no luna y plata!

El cañaveral sombrío  
tiene voraz dentadura,  
y sabe el astro en su altura  
de hambre y frío.

Se alza el foete mayoral.  
Espaldas hierre y desgarrar.  
Ve y con tu guitarra  
dilo al rosal.

Dile también del fulgor  
con que un nuevo sol parece:  
en el aire que la mece  
que aplauda y grite la flor.

## Un largo lagarto verde

Por el Mar de las Antillas  
(que también Caribe llaman)  
batida por olas duras  
y ornado de espumas blandas,  
bajo el sol que la persigue  
y el viento que la rechaza,  
cantando a lágrima viva  
navega Cuba en su mapa:  
un largo lagarto verde,  
con ojos de piedra y agua.

Alta corona de azúcar  
le tejen agudas cañas;  
no por coronada libre,  
sí de su corona esclava:  
reina del manto hacia fuera,  
del manto adentro, vasalla,  
triste como la más triste  
navega Cuba en su mapa:  
un largo lagarto verde,  
con ojos de piedra y agua.

Junto a la orilla del mar,  
tú que estás en fija guardia,

fíjate, guardián marino,  
en la punta de las lanzas  
y en el trueno de las olas  
y en el grito de las llamas  
y en el lagarto despierto  
sacar las uñas del mapa:  
un largo lagarto verde,  
con ojos de piedra y agua.

## Canción de cuna para despertar a un negrito

*Dórmite, mi nengre,  
mi nengre bonito...*

E. BALLAGAS

Una paloma  
cantando pasa:  
—¡Upa, mi negro,  
que el sol abrasa!  
Ya nadie duerme,  
ni está en su casa;  
ni el cocodrilo,  
ni la yaguaza,  
ni la culebra,  
ni la torcaza...  
Coco, cacao,  
cacho, cachaza,  
¡upa, mi negro,  
que el sol abrasa!

Negrazo, venga  
con su negraza.  
¡Aire con aire,  
que el sol abrasa!  
Mire la gente,  
llamando pasa;

gente en la calle,  
gente en la plaza;  
ya nadie queda  
que esté en su casa...  
Coco, cacao,  
cacho, cachaza,  
¡upa, mi negro,  
que el sol abrasa!

Negrón, negrito,  
ciruela y pasa,  
salga y despierte,  
que el sol abrasa,  
diga despierto  
lo que le pasa...  
¡Que muera el amo,  
muera en la brasa!  
Ya nadie duerme,  
ni está en su casa:  
¡coco, cacao,  
cacho, cachaza,  
upa, mi negro,  
que el sol abrasa!

## La muralla

Para hacer esta muralla,  
traíganme todas las manos:  
los negros, sus manos negras,  
los blancos, sus blancas manos.  
Ay,  
una muralla que vaya  
desde la playa hasta el monte,  
desde el monte hasta la playa, bien,  
allá sobre el horizonte.

—¡Tun, tun!  
—¿Quién es?  
—Una rosa y un clavel...  
—¡Abre la muralla!  
—¡Tun, tun!  
—¿Quién es?  
—El sable del coronel...  
—¡Cierra la muralla!  
—¡Tun, tun!  
—¿Quién es?  
—La paloma y el laurel...  
—¡Abre la muralla!  
—¡Tun, tun!  
—¿Quién es?

—El alacrán y el ciempiés...

—¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,  
abre la muralla;  
al veneno y al puñal,  
cierra la muralla;  
al mirto y la yerbabuena,  
abre la muralla;  
al diente de la serpiente,  
cierra la muralla;  
al ruiseñor en la flor,  
abre la muralla...

Alcemos una muralla  
juntando todas las manos;  
los negros, sus manos negras,  
los blancos, sus blancas manos.  
Una muralla que vaya  
desde la playa hasta el monte,  
desde el monte hasta la playa, bien,  
allá sobre el horizonte...



## Casa de vecindad

Sola, sobre su ola de parado coral,  
Antillilandia vive,  
esperando el trompetazo del Juicio Inicial.

Casa de vecindad, patio del Mar Caribe,  
donde los inquilinos se juntan  
bajo la luna, para charlar de sus cosas;  
donde hay ya negros que preguntan  
y mujeres que asesinaron sus mariposas.  
Onda negribermeja  
de obreros de agria ceja  
y niños con la cara vieja,  
heridos por el ojo fino del policía.  
Tierra donde la sangre ensucia el día  
y hay pies en detenida velocidad de salto  
y gargantas de queja y no de grito  
y gargantas de grito y no de queja  
y voces de cañaverales en alto  
y lo que se dice y no está escrito  
y todo lo demás que ya sabremos  
a medida que andemos.

Casa de vecindad, patio del Mar Caribe,  
con mi guitarra de áspero son,

aquí estoy, para ver si me saco del pecho  
una canción.

Una canción de sueño desatado,  
una simple canción de muerte y vida  
con que saludar el futuro ensangrentado,  
rojo como las sábanas, como los muslos, como el lecho  
de una mujer recién parida.

## Canción puertorriqueña

¿Cómo estás, Puerto Rico,  
tú de socio asociado en sociedad?  
Al pie de cocoteros y guitarras,  
bajo la luna y junto al mar,  
¡qué suave honor andar del brazo,  
brazo con brazo del Tío Sam!  
¿En qué lengua me entiendes,  
en qué lengua por fin te podré hablar,  
si en yes,  
si en sí,  
si en bien,  
si en well,  
si en mal,  
si en bad, si en very bad?

Juran los que te matan  
que eres feliz... ¿Será verdad?  
Arde tu frente pálida,  
la anemia en tu mirada logra un brillo fatal;  
masticas una jerigonza  
medio española, medio slang;  
de un empujón te hundieron en Corea,  
sin que supieras por quién ibas a pelear,  
si en yes,

si en sí,  
si en bien,  
si en well,  
si en mal,  
si en bad, si en very bad!

Ay, yo bien conozco a tu enemigo,  
el mismo que tenemos por acá,  
socio en la sangre y el azúcar,  
socio asociado en sociedad:  
United States and Puerto Rico,  
es decir New York City with San Juan,  
Manhattan y Borinquen, sogá y cuello,  
apenas nada más...

No yes,  
no sí,  
no bien,  
no well,  
sí mal,  
sí bad, sí very bad!

## Ríos

Tengo del Rin, del Ródano, del Ebro,  
tengo los ojos llenos;  
tengo del Tíber y del Támesis,  
tengo del Volga, del Danubio,  
tengo los ojos llenos.

Pero yo sé que el Plata,  
pero yo sé que el Amazonas baña;  
yo sé que el Misisipi,  
pero yo sé que el Magdalena baña;  
yo sé que el Almendares,  
pero yo sé que el San Lorenzo baña,  
yo sé que el Orinoco,  
pero yo sé que bañan  
tierras de amargo limo donde mi voz florece  
y lentos bosques presos en sangrientas raíces.  
¡Bebo en tu copa, América,  
en tu copa de estaño,  
anchos ríos de lágrimas!

Dejad, dejadme,  
dejadme ahora junto al agua.

## Bares

Amo los bares y tabernas  
junto al mar,  
donde la gente charla y bebe  
sólo por beber y charlar.  
Donde Juan Nadie llega y pide  
su trago elemental,  
y están Juan Bronco y Juan Navaja  
y Juan Narices y hasta Juan  
Simple, el solo, el simplemente  
Juan.

Allí la blanca ola  
bate de la amistad;  
una amistad de pueblo, sin retórica,  
una ola de ¡hola! y ¿cómo estás?  
Allí huele a pescado,  
a mangle, a ron, a sal  
y a camisa sudada puesta a secar al sol.

Búscame, hermano, y me hallarás  
(en La Habana, en Oporto,  
en Jacmel, en Shanghai)

con la sencilla gente  
que sólo por beber y charlar  
puebla los bares y tabernas  
junto al mar.

## Epístola

*A dos amigas cubanas que  
invernaban en Palma de Mallorca  
París, febrero 12.*

Ángela y Flora:

Puesto que os santifica y os decora  
el sol en esa playa en primavera  
y os perfuma y os dora,  
como hace con la uva y con la pera;  
puesto que el mar balear su espuma cínica  
viste y desviste al pie del muro  
del malecón llorón, y embiste y besa  
muslos de madreperlas y corales,  
al modo del Caribe cuando toca,  
con sus dedos sensuales,  
en nuestras claras islas orquestales  
vientres de musgo y roca;  
puesto que Flora mía de mi alma,  
Ángela y tú os miráis en el espejo  
bruñido que os da Palma,  
olvidando a París húmedo y viejo;  
puesto que allá tenéis el casto verde,  
la miel, el aire, el yodo, el pez, el trino  
de pájaros trompetas y hasta el cielo  
de Cuba, palio azul para el camino,  
—todo un Virgilio, en fin, de caramelo—;



puesto que allá La Habana está presente  
¡digo La Habana! nuestra islita pura,  
¿será tal vez cuestión impertinente  
de ardua filosofía  
indagar qué coméis? Quizás podría  
saber yo si figura  
Cuba también en el menú, de modo  
que fuera la ilusión así completa.  
Perdonadme ante todo.  
Perdonad al poeta  
desdoblado en gastrónomo... Mas quiero  
que me digáis si allá (junto al puchero,  
la fabada tal vez o la munyeta),  
lograsteis decorar vuestros manteles  
con blanco arroz y oscuro picadillo,  
orondos huevos fritos con tomate,  
el solemne aguacate  
y el rubicundo plátano amarillo.  
¿O por ser más sencillo,  
el chicharrón de puerco con su masa,  
dándole el brazo al siboney casabe  
la mesa presidió de vuestra casa?  
Y del bronco lechón el frágil cuero  
dorado en púa ¿no alumbró algún día  
bajo esos puros cielos españoles  
el amable ostracismo? ¿Hallar pudisteis,  
tal vez al cabo de mortal porfía,  
en olas navegando,

en rubias olas de cerveza fría,  
nuestros negros frijoles,  
para los cuales toda gula es poca,  
gordo tasajo y cristalina yuca,  
de esa que llaman en Brasil mandioca?  
El maíz, oro fino  
en sagradas pepitas,  
quizá vuestros ayunos  
a perturbar con su riqueza vino.  
El quimbombó africano,  
cuya baba el limón corta y detiene,  
¿no os suscitó el cubano  
guiso de camarones,  
o la tibia ensalada,  
ante la cual espárragos ebúrneos,  
según doctos varones,  
según doctos varones en cocina,  
según doctos varones no son nada?  
Veo el arroz con pollo,  
que es a la vez hispánico y criollo,  
del cual es prima hermana  
la famosa paella valenciana.  
No me llaméis bellaco  
si os hablo del ajiaco,  
del cilíndrico ñame poderoso,  
del boniato pastoso,  
o de la calabaza femenina  
y el fufú montañoso.

¡Basta! Os recuerdo el postre. Para eso  
no más que el blanco queso,  
el blanco queso que el montuno alaba,  
en pareja con cascos de guayaba.  
Y al final, buen remate a tanto diente,  
una tasa pequeña  
de café carretero y bien caliente.  
Así pues, primas mías,  
esperaré unos días,  
para saber por carta detallada  
si esto que pido aquí debe tacharse  
de ser una demanda exagerada,  
o es que puede encontrarse  
al doblar una esquina  
en la primera casa mallorquina.  
Si lo hay, voy volando,  
mejor dicho, corriendo,  
que es como siempre ando.  
Pero si no, pues seguiré soñando...  
Y cuando al fin os vea,  
vueltas las dos de España  
a París, esta aldea,  
os sentaré a mi costa  
frente a una eximia y principal langosta  
rociada con champaña.



***TENGO***  
**(1964)**



## Canta el sinsonte en el Turquino

—¡Pasajeros en tránsito, cambio de avión para soñar!

—*Oui, monsieur*; sí, señor.

Nacido en Cuba, lejos, junto a un palmar.

Tránsito, sí. Me voy.

¿Azúcar? Sí, señor.

Azúcar medio a medio del mar.

—¿En el mar? ¿Un mar de azúcar, pues?

—Un mar.

—¿Tabaco?

—Sí, señor.

Humo medio a medio del mar.

Y calor.

—¿Baila la rumba usted?

—No, señor;

yo no la sé bailar.

—¿Inglés, no habla el inglés?

—*No, monsieur*; no, señor,

nunca lo pude hablar.

—¡Pasajeros en tránsito, cambio de avión para soñar!

Llanto después. Dolor.

Después la vida y su pasar.

Después la sangre y su fulgor.

Y aquí estoy.  
Ya es el mañana hoy.

Mr. Wood, Mr. Taft,  
adiós.  
Mr. Magoon, adiós.  
Mr. Lynch, adiós.  
Mr. Crowder, adiós.  
Mr. Nixon, adiós.  
Mr. Night, Mr. Shadow,  
¡adiós!

Podéis marcharos, animal  
muchedumbre, que nunca os vuelva a ver.  
Es temprano; por eso tengo que trabajar.  
Es ya tarde; por eso comienza a amanecer.  
Va entre piedras el río...  
—Buenos días, Fidel.  
Buenos días, bandera; buenos días, escudo.  
Palma, enterrada flecha, buenos días.  
Buenos días, perfil de medalla, violento barbudo  
de bronce, vengativo machete en la diestra.  
Buenos días, piedra dura, fija ola de la Sierra Maestra.  
Buenos días, mis manos, mi cuchara, mi sopa,  
mi taller y mi casa y mi sueño;  
buenos días, mi arroz, mi maíz, mis zapatos, mi ropa;  
buenos días, mi campo y mi libro y mi sol y mi sangre sin  
[dueño.



Buenos días, mi patria de domingo vestida;  
buenos días, señor y señora;  
buenos días, montuno en el monte naciendo a la vida;  
buenos días, muchacho en la calle cantando y ardiendo  
en la aurora.  
Obrero en armas, buenos días.  
Buenos días, fusil.  
Buenos días, tractor.  
Azúcar, buenos días.  
Poetas, buenos días.  
Desfiles, buenos días.  
Consignas, buenos días.  
Buenos días, altas muchachas como castas cañas.  
Canciones, estandartes, buenos días.  
Buenos días, oh tierra de mis venas,  
apretada mazorca de puños, cascabel  
de victoria...

El campo huele a lluvia  
reciente. Una cabeza negra y una cabeza rubia  
juntas van por el mismo camino,  
coronadas por un mismo fraterno laurel.  
El aire es verde. Canta el sinsonte en el Turquino...  
—Buenos días, Fidel.

## Balada

Ay, venga, paloma, venga  
y cuénteme usted su pena.

—Pasar he visto a dos hombres  
armados y con banderas;  
el uno en caballo moro,  
el otro en potranca negra.  
Dejaran casa y mujer,  
partieran a lueños tierras;  
el odio los acompaña,  
la muerte en las manos llevan  
¿A dónde vais?, preguntéles,  
y ambos a dos respondieran:  
Vamos andando, paloma,  
andando para la guerra.  
Así dicen, y después  
con ocho pezuñas vuelan,  
vestidos de polvo y sol,  
armados y con banderas,  
el uno en caballo moro,  
el otro en potranca negra.

Ay, venga, paloma, venga  
y cuénteme usted su pena.

—Pasar he visto a dos viudas  
como jamás antes viera,  
pues que de una misma lágrima  
estatuas parecen hechas.  
¿A dónde vais, mis señoras?,  
pregunté a las dos al verlas.  
Vamos por nuestros maridos,  
paloma, me respondieran.  
De su partida y llegada  
tenemos amargas nuevas;  
tendidos están y muertos,  
muertos los dos en la hierba,  
gusanos ya sobre el vientre  
y buitres en la cabeza,  
sin fuego las armas mudas  
y sin aire las banderas;  
se espantó el caballo moro,  
huyó la potranca negra.

Ay, venga, paloma, venga  
y cuénteme usted su pena.

## La sangre numerosa

*A Eduardo García, joven miliciano  
que escribió con su sangre,  
al morir ametrallado por la  
aviación yanqui, en abril de  
1961, el nombre de Fidel.*

Cuando con sangre escribe  
FIDEL este soldado que por la Patria muere,  
no digáis miserere:  
esa sangre es el símbolo de la Patria que vive.

Cuando su voz en pena  
lengua para expresarse parece que no halla,  
no digáis que se calla,  
pues en la pura lengua de la Patria resuena.

Cuando su cuerpo baja  
exánime a la tierra que lo cubre ambiciosa,  
no digáis que reposa,  
pues por la Patria en pie resplandece y trabaja.

Ya nadie habrá que pueda  
parar su corazón unido y repartido.  
No digáis que se ha ido:  
su sangre numerosa junto a la Patria queda.

## Tres sonetos en que se habla del Ávila

### I

#### *Despedida a Caracas*

Hoy al partir mi oscura mano suelta  
triste paloma de asustado vuelo;  
sus alas bate en torno a tu desvelo  
blanca en el aire en que te ves envuelta.

Hacia ti la mirada siempre vuelta,  
centinela de tierra, mar y cielo,  
el Ávila me dio su verde hielo,  
su túnica toqué de roca esbelta.

Vine, Caracas, de mi amargo suelo,  
para traerte una canción, revuelta  
con el azul que Cuba da en su cielo;

al aire puro en que te ves envuelta  
triste paloma de asustado vuelo  
hoy al partir mi oscura mano suelta.

## II

### *Los barrios pobres del Ávila*

El Ávila de noche resplandece,  
como un bazar de ingenua estrellería;  
tierra cuya inmediata astronomía  
la de un cielo más próximo parece.

Dios se asoma al abismo: lo enternece  
tanta invención, esa juguetería;  
detuviera la máquina del día,  
pero el sol no hace caso, y amanece...

Entonces brota de aquel cielo, brota  
de aquel mínimo cielo el alma rota,  
donde su lumbre dan, postrera y mustia,

estrellas de existencias estrelladas,  
cometas de hambre, lunas desahuciadas  
y un fijo sol de rencorosa angustia.

## III

### *Invitación a un joven*

Tú que buscas telúrico y sin guía,  
muchacho de reciente arquitectura,

la piedra en que nacer a tu escultura  
y el general sentido de tu vía;

tú que no has mancillado todavía  
la gorda tela de tu veste pura,  
y andas por la montaña y la llanura  
con tu activo bastón golpeando el día;

tú que al ritmo del pico y de la azada  
ver surgir de la tierra, como el griego,  
esperas otra Venus asombrada,

¡oh, joven! prende el lampadario ciego,  
y a la sombra del Ávila dorada  
corre a sembrar tu corazón de fuego.





***POEMAS DE AMOR***  
**(1967)**



## Alta niña de caña y amapola

Primero fue su rápida cintura,  
la órbita de oro en que viajaba  
su cuerpo, el mundo joven de su risa,  
la verde, la metálica  
naturaleza de sus ojos.

¿La amé? Nunca se sabe.

Pero en las noches tímidas,  
en las nubes perdidas y sonámbulas  
y en el aroma del jazmín abierto  
como una estrella fija en la penumbra,  
su nombre resonaba.

Un día la distancia  
se hizo un largo suspiro.

¡Oh qué terrestre angustia, en un gran golpe  
de nieve y lejanía!

¿Sufrió? Nunca se sabe.

Pero en las tardes tristes,  
en la insistencia familiar del Ángelus,  
a la hora del vuelo taciturno  
del búho y el murciélago,  
como en un sueño simple la veía.

Al fin he aquí que el viento,  
he aquí que el viento al fin me la devuelve.  
La he tenido en mis brazos, la he besado

en un tibio relámpago.  
Toqué sus manos lentas,  
la flor bicéfala del seno, el agua  
de su lujuria inaugural... Ahora,  
oh tú, bienesperada,  
suave administradora  
del fuego y de la danza,  
alta niña de caña y amapola,  
ahora ya sé que sufro y que te amo.

## Un poema de amor

No sé. Lo ignoro.

Desconozco todo el tiempo que anduve  
sin encontrarla nuevamente.

¿Tal vez un siglo? Acaso.

Acaso un poco menos: noventa y nueve años.

¿O un mes? Pudiera ser. En cualquier forma  
un tiempo enorme, enorme, enorme.

Al fin, como una rosa súbita,  
repentina campánula temblando,  
la noticia.

Saber de pronto

que iba a verla otra vez, que la tendría  
cerca, tangible, real, como en los sueños.

¡Qué explosión contenida!

¡Qué trueno sordo

rodándome en las venas,

estallando allá arriba

bajo mi sangre, en una

nocturna tempestad!

¿Y el hallazgo, en seguida? ¿Y la manera

de saludarnos, de manera

que nadie comprendiera

que ésa es nuestra propia manera?

Un roce apenas, un contacto eléctrico,  
un apretón conspirativo, una mirada,  
un palpar del corazón  
gritando, aullando con silenciosa voz.  
Después  
(ya lo sabéis desde los quince años)  
ese aletear de las palabras presas,  
palabras de ojos bajos,  
penitenciales,  
entre testigos enemigos.  
Todavía  
un amor de «lo amo»,  
de «usted», de «bien quisiera,  
pero es imposible»... De «no podemos,  
no, piénselo usted mejor»...  
Es un amor así,  
es un amor de abismo en primavera,  
cortés, cordial, feliz, fatal.  
La despedida, luego,  
genérica,  
en el turbión de los amigos.  
Verla partir y amarla como nunca;  
seguirla con los ojos,  
y ya sin ojos seguir viéndola lejos,  
allá lejos, y aun seguirla  
más lejos todavía,  
hecha de noche,  
de morderdura, beso, insomnio,

veneno, éxtasis, convulsión,  
suspiro, sangre, muerte...  
Hecha  
de esa sustancia conocida  
con que amasamos una estrella.

## Piedra de horno

La tarde abandonada gime deshecha en lluvia.  
Del cielo caen recuerdos y entran por la ventana.  
Duros suspiros rotos, quimeras calcinadas.

Lentamente va viniendo tu cuerpo.  
Llegan tus manos en su órbita  
de aguardiente de caña;  
tus pies de lento azúcar quemados por la danza,  
y tus muslos, tenazas del espasmo,  
y tu boca, sustancia  
comestible, y tu cintura  
de abierto caramelo.  
Llegan tus brazos de oro, tus dientes sanguinarios;  
de pronto entran tus ojos traicionados;  
tu piel tendida, preparada  
para la siesta:  
tu olor a selva repentina; tu garganta  
gritando —no sé, me lo imagino—, gimiendo  
—no sé, me lo figuro—, quejándose —no sé, supongo,  
[creo—;  
tu garganta profunda  
retorciendo palabras prohibidas.



Un río de promesas  
baja de tus cabellos,  
se demora en tus senos,  
cuaja al fin en un charco de melaza en tu vientre,  
viola tu carne firme de nocturno secreto.

Carbón ardiente y piedra de horno  
en esta tarde fría de lluvia y de silencio.

## Jugabas con un lápiz...

Jugabas con un lápiz,  
callada y pensativa,  
sobre la virgen hoja  
donde nada escribías.  
Te saludé partiendo,  
mas tu voz me fue esquiva;  
grité luego tu nombre,  
alzaste tú la vista,  
y de tus negros ojos  
en la luz sorprendida  
supe que estabas lejos...  
¿De qué país volvías?

## Soneto

Cerca de ti, ¿por qué tan lejos verte?  
¿Por qué noche decir, si es mediodía?  
Si arde mi piel, ¿por qué la tuya es fría?  
Si digo vida yo, ¿por qué tú muerte?

Ay, ¿por qué este tenerte sin tenerte?  
¿Este llanto por qué, no la alegría?  
¿Por qué de mi camino te desvía  
quien me vence tal vez sin ser más fuerte?

Silencio. Nadie a mi dolor responde.  
Tus labios callan y tu voz se esconde.  
¿A quién decir lo que mi pecho siente?

A ti, François Villon, poeta triste,  
lejana sombra que también supiste  
lo que es morir de sed junto a la fuente.

### Tercera canción

Cuando no te tenía, te tenía;  
cuando quise tenerte, te perdí.  
Ay, dime si la culpa ha sido mía,  
y cómo es que ha pasado todo así.

A esta hora, que es noche, antes fue día.  
Aunque a mi lado nunca te sentí,  
pensando en ti, ¡qué cerca te tenía!  
Aun lejos, me veía junto a ti.

¿Y fue amor? No, señor. Mas yo diría  
que el amor, sí, señor, nos dirigía,  
oh, señor, el amor en ti y en mí.

¿Cuándo más? Ya no más. La culpa es mía.  
Yo, que no te tenía, te tenía;  
cuando quise tenerte, te perdí.

## Nada

El tiempo pasa silencioso  
con un pasar de agua nocturna,  
y ve mi frente taciturna  
y ve mi pecho sin reposo.

En ese tiempo silencioso  
hundo mi voz de agua nocturna:  
pongo la frente taciturna,  
reposo el pecho sin reposo.

Guardo mi pena en el penario.  
Guardo mi alma en el almario.  
Guardo mi voz como una espada.

Ya nada tengo, nada quiero.  
Ya nada busco, nada espero.  
Nada.

Y yo era rico. Yo tenía  
una guitarra de agua pura,  
un ruiñeñor en la espesura  
y el gran fulgor del mediodía.

Pero perdí lo que tenía;  
el ruiñeñor y el agua pura  
y la guitarra y la espesura.  
Se me hizo noche el mediodía.

Pido limosna. Pero en vano  
tiendo la voz, abro la mano.  
¿Comprende usted, desmemoriada?

Ya nada tengo, nada espero.  
Ya nada busco, nada quiero.  
Nada.

***LA RUEDA DENTADA***  
**(1972)**





## Digo que yo no soy un hombre puro

Yo no voy a decirte que soy un hombre puro.  
Entre otras cosas falta saber si es que lo puro existe.  
O si es, pongamos, necesario.  
O posible.  
O si sabe bien.  
¿Acaso has tú probado el agua químicamente pura,  
el agua de laboratorio,  
sin un grano de tierra o de estiércol,  
sin el pequeño excremento de un pájaro,  
el agua hecha no más de oxígeno e hidrógeno?  
¡Puah!, qué porquería.

Yo no te digo pues que soy un hombre puro,  
yo no te digo eso, sino todo lo contrario.  
Que amo (a las mujeres, naturalmente,  
pues mi amor puede decir su nombre),  
y me gusta comer carne de puerco con papas,  
y garbanzos y chorizos, y huevos, pollos, carneros, pavos,  
pescados y mariscos,  
y bebo ron y cerveza y aguardiente y vino,  
y fornico (incluso con el estómago lleno).  
Soy impuro ¿qué quieres que te diga?  
Completamente impuro.  
Sin embargo,

creo que hay muchas cosas puras en el mundo  
que no son más que pura mierda.  
Por ejemplo, la pureza del virgo nonagenario.  
La pureza de los novios que se masturban  
en vez de acostarse juntos en una posada.  
La pureza de los colegios de internado, donde  
abre sus flores de semen provisional  
la fauna pederasta.  
La pureza de los clérigos.  
La pureza de los académicos.  
La pureza de los gramáticos.  
La pureza de los que aseguran  
que hay que ser puros, puros, puros.  
La pureza de los que nunca tuvieron blenorragia.  
La pureza de la mujer que nunca lamió un glande.  
La pureza del que nunca succionó un clítoris.  
La pureza de la que nunca parió.  
La pureza del que no engendró nunca.  
La pureza del que se da golpes en el pecho, y  
dice santo, santo, santo,  
cuando es un diablo, diablo, diablo.  
En fin, la pureza  
de quien no llegó a ser lo suficientemente impuro  
para saber qué cosa es la pureza.

Punto, fecha y firma.  
Así lo dejo escrito.

## A veces...

A veces tengo ganas de ser cursi  
para decir: la amo a usted con locura.

A veces tengo ganas de ser tonto  
para gritar: ¡La quiero tanto!

A veces tengo ganas de ser niño  
para llorar acurrucado en su seno.

A veces tengo ganas de estar muerto  
para sentir, bajo la tierra húmeda de mis jugos,  
que me crece una flor rompiéndome el pecho,  
una flor, y decir: esta flor,  
para usted.

## Canción

¡De qué callada manera  
se me adentra usted sonriendo,  
como si fuera  
la primavera!  
(Yo, muriendo.)

Y de qué modo sutil  
me derramó en la camisa  
todas las flores de abril.

¿Quién le dijo que yo era  
risa siempre, nunca llanto,  
como si fuera  
la primavera?  
(No soy tanto.)

En cambio, ¡qué espiritual  
que usted me brinde una rosa  
de su rosal principal!

¡De qué callada manera  
se me adentra usted sonriendo,  
como si fuera  
la primavera!  
(Yo, muriendo.)

## Che Comandante

No porque hayas caído  
tu luz es menos alta.  
Un caballo de fuego  
sostiene tu escultura guerrillera  
entre el viento y las nubes de la Sierra.  
No por callado eres silencio.  
Y no porque te quemen,  
porque te disimulen bajo tierra,  
porque te escondan  
en cementerios, bosques, páramos,  
van a impedir que te encontremos.  
Che Comandante,  
amigo.

Con sus dientes de júbilo  
Norteamérica ríe. Mas de pronto  
revuélvese en su lecho  
de dólares. Se le cuaja  
la risa en una máscara,  
y tu gran cuerpo de metal  
sube, se disemina  
en las guerrillas como tábanos,  
y tu ancho nombre herido por soldados  
ilumina la noche americana

como una estrella súbita, caída  
en medio de una orgía.  
Tú lo sabías, Guevara,  
pero no lo dijiste por modestia,  
por no hablar de ti mismo,  
Che Comandante,  
amigo.

Estás en todas partes. En el indio  
hecho de sueño y cobre. Y en el negro  
revuelto en espumosa muchedumbre,  
y en el ser petrolero y salitrero,  
y en el terrible desamparo  
de la banana, y en la gran pampa de las pieles,  
y en el azúcar y en la sal y en los cafetos,  
tú, móvil estatua de tu sangre como te derribaron,  
vivo, como no te querían,  
Che Comandante,  
amigo.

Cuba te sabe de memoria. Rostro  
de barbas que clarean. Y marfil  
y aceituna en la piel de santo joven.  
Firme la voz que ordena sin mandar,  
que manda compañera, ordena amiga,  
tierna y dura de jefe camarada.  
Te vemos cada día ministro,  
cada día soldado, cada día

gente llana y difícil  
cada día.  
Y puro como un niño  
o como un hombre puro,  
Che Comandante,  
amigo.

Pasas en tu descolorido, roto, agujereado traje de  
[campaña.

El de la selva, como antes  
fue el de la Sierra. Semidesnudo  
el poderoso pecho de fusil y palabra,  
de ardiente vendaval y lenta rosa.  
No hay descanso.  
¡Salud, Guevara!  
O mejor todavía desde el hondón americano:  
Espéranos. Partiremos contigo. Queremos  
morir para vivir como tú has muerto,  
para vivir como tú vives,  
Che Comandante,  
amigo.

## Elegía por Martín Dihigo

Así como después de la tormenta  
el guardabosques sale  
para saber cuál ácana,  
cuál guayacán, cuál ébano  
cayó desarraigado por el viento,  
así yo me detuve ante su cuerpo,  
tronco de ramas frescas, húmedas todavía,  
y lloré su caída.

Ahí viene.

Se lo llevan.  
Con la fuerte cabeza reclinada  
en su guante de pitcher va Dihigo.

El rostro de ceniza (la muerte de los negros)  
y los ojos cerrados persiguiendo  
una blanca pelota, ya la última.

Silencio.  
Callados los amigos. El cortejo  
pisa calles de fieltro.  
Ojos enrojecidos miran de las ventanas.

Está hecha de lágrimas la tarde.



***EL DIARIO QUE A DIARIO***  
**(1972)**



## Epístola

*Al poeta Eliseo Diego*

Estos viejos papeles que te envío,  
esta tinta pretérita, Eliseo,  
¿no moverán tu cólera o tu hastío?

Como un arroyo fácil, mi deseo  
fue que tan simple historia discurriera  
a tu lado fugaz. Pero ahora veo

que el arroyo ha inundado la pradera  
y que tapando sendas y breñales  
al Tíñima recuerda en primavera.<sup>1</sup>

Con chicotes tremendos, con puñales  
exigen voceando mis lectores  
que me vaya a otro sitio a mear pañales.

Juro por los sinsontes y las flores  
que en aquesta ocasión no he pretendido  
provocar con mi verso tus furores.

---

1 El Tíñima no llega a un mal riacho,  
mas si le llueve, es un riacho macho.

Torpeza y no maldad más bien ha sido.  
Mira tú cómo a veces un disparo  
medido, bien medido, ultramedido,

al no dar en el blanco da en el claro,  
lo que quiere decir que se va al viento,  
hecho por lo demás que en mí no es raro.

Al trote femoral de mi jumento  
regreso pues sobre mis propias huellas  
hasta dejarlo al fin libre y contento

en campos de zafir paciando estrellas,  
(como Luis el de Góngora decía)  
para (me digo yo) eructar centellas.

Te entrego mi poema. Algarabía  
en lengua de piratas y bozales  
donde de todo material había:  
No sólo los Urrutias y González,  
los ya Rojas y Alonsos, los Angulos,  
y en fin otros diversos animales,

sino los tristes que ponían sus culos  
a que aquellos señores los patearan  
con patas no de gentes, mas de mulos.

¡Con qué lágrimas duras no lloraran!  
¡Con qué voz tan sangrienta no pidieran!  
¡Con qué puños tan altos no se alzarán!

¡Cuántos miles y miles no cayeran!  
¡Oh Reino de la Muerte, tiempo'España,  
charcos de sangre tus provincias eran!

Luego el castrón del Tío, cuya maña  
usual en sus atracos de usurero  
ni al sobrino más fiel turba o engaña,

salvo si el tal sobrino es un madero.  
Y maderos tuvimos, es el caso,  
a cual más intrigante y bandolero,

y a quienes hubo que cortar el paso  
para abrírnos el nuestro hacia adelante  
como el pueblo acostumbra: de un trancazo.

*Dixi*, buen Eliseo, ya es bastante.  
Perdona alguna rima mal situada  
y tenme por tu amigo el más constante.  
(Tú dirás: —*Gracias, viejo. Yo: —De nada.*)



***EN ALGÚN SITIO DE LA PRIMAVERA***  
**(1966)**





## Elegía

*Yo te doy a la vida entera del poema.*

EMILIO BALLAGAS

### I

Te lo dije.  
Siempre te lo decía,  
porque no fue cosa de una vez.  
Ten cuidado, no jures  
que me amarás hasta la muerte,  
mira que el morir es cosa seria,  
y si te quedas viva  
¡qué risa la que va a darnos a los dos  
lo que debiera ser un gran dolor!

Así fue.  
Ahora me río hasta las lágrimas.  
Fíjate bien. He dicho lágrimas.

### II

No creas que no lo supe  
con tiempo. Vi gaviotas,  
hierbas sobre las aguas,  
luces lejanas en las noches.  
Sentí el terral  
acariciándome las sienes.

«¡Tierra, por aquí hay tierra!»  
—Me decía. Era tierra, ahí estaba,  
aquí está. Me esperabas,  
seria, serena, muda.  
Nada dijiste, pero yo te oí.  
Te oigo, aun cuando nada dices.  
¿Qué me dirás que yo no sepa?  
Dale a la rueda, dale,  
suene la vieja canción.

El tiempo pasa pasando,  
    sí señor,  
pasando y no vuelve más,  
    cómo no.  
Y yo que pensaba, el pobre,  
    sí, señor,  
que el tiempo no iba a pasar.  
    cómo no,  
que el tiempo no iba a pasar...

### III

Yo estaba solo. Pero no creí  
que iba a estar más solo todavía.  
¿Más solo que estar solo?  
Pues sí. Más solo.

## IV

¿Y ahora qué hacer?  
Nada. ¿Qué vas a hacer?  
Repásate el manojo  
de viejas cartas. Al viento  
las viejas, secas rosas.  
Recuerda lo mejor.  
Calma.  
El golpe ha sido duro, pero mira...  
¿Qué?  
No, no. Te iba a decir algo,  
pero no.

## V

Aquí empieza la noche.  
Cuando ya no me veas,  
me sentirás. Ardiente pluma  
rozándote la nuca  
te indicará que yo estoy cerca.  
Reza por mí y acuérdate  
de que los cuerpos parten  
pero las sombras quedan.  
No te asustes.

## VI

Me enterrarás, amiga, en algún sitio  
silencioso, con árboles.  
En el mármol pondrás mi nombre solo,  
sin *paz* y sin *descanse*.  
¿Qué paz voy a tener,  
ni qué descanso,  
si todo el mundo sabe  
que he muerto de repente, todavía  
con la copa en los labios,  
tu sonrisa en mis ojos, y tu voz  
llamándome?

Para morir, amiga, siempre hay que prepararse.  
Si no, son esos seres,  
esos espíritus  
que piensan que están vivos todavía  
(¡qué pesados se ponen!)  
y hablan, como hago yo,  
a quien ya no los oye.

## VII

A veces,  
cuando encuentro al azar alguna fecha,  
me digo *Todavía*  
*yo no la conocía*.

O también:

*Tres años hacía ya que ella era mía.*

O quizás:

*Un día como este día*

*partió sin decir nada para siempre jamás.*

## VIII

Tal vez sepas muy bien,  
o tal vez no lo sepas,  
de qué manera me gustaba  
verte en las tardes, cuando ya te ibas,  
ordenar tus papeles,  
cerrar tu maquineta,  
guardar los afilados  
lápices, y luego todavía  
(las seis en el reloj de la oficina)  
preparar con recortes de revistas,  
flores, fotografías  
y unas letrazas de pasquín  
el mural de tu escuela  
nocturna, compañera.  
(Sonriente miliciana,  
cumplida ya su guardia volviendo en la mañana).

Con qué tenaz tristeza,  
sutil como una aguja  
me penetra el recuerdo

de cuando era  
nuestro tranquilo amor un lirio fresco,  
un lirio blanco de la primavera.  
Un amor,  
como Rubén Darío hubiera dicho,  
de te adoro, de ¡ay! y de suspiro.

Lentos anocheceres  
de las primeras tardes, en la Habana Vieja;  
la catedral  
y aquel pequeño restorán  
donde un amigo  
nos encontró mano en la mano  
y pasó sin decirnos  
nada que nos hiciera  
sospechar que él sabía  
o imaginaba al menos.

Era un modo de ausencias y presencias  
flotando en una niebla  
transparente, en un sueño  
dulce, de cuatro años. Cuatro años  
no son ninguna broma.  
Son meses, días, horas...  
¡Cuántos besos por hora en cuatro años!

Ay, pero de pronto  
(no sé, nadie lo sabe todavía)

con ruidos sordos, con motores  
de aviación, con sirenas,  
aullidos, máquinas,  
como se ve en el cine  
cuando hay películas de bombardeos,  
tembló, trepido todo. Luego  
un gran silencio fijo.  
Un gran silencio, así ha ocurrido.  
Un gran silencio, compañera.  
¡Qué silencio!

## IX

¿Has muerto tú o he muerto yo?  
Di que morimos los dos.  
Ay, yo diré más,  
diré  
que sólo tu renacerás.

## X

No es posible  
asimilar de pronto una catástrofe.  
Sentir los golpes  
y sonreír a cada uno de ellos.  
¿Acaso soy de qué,  
de trapo,  
digamos trapo por ejemplo,  
para que no me duela un martillazo

en el cráneo, un cuchillo en el hígado,  
el epiplón de par en par abierto  
de una puñalada?

Esto es serio.

Siento

que se me va la sangre.

No sé por dónde, pero se me va.

Me apago poco a poco.

No me queda

más que un nombre encendido.

El mismo que usted piensa,

el que usted sabe.

Nunca he muerto

(es la primera vez)

pero supongo que así debe de ser.

## XI

La forma de la muerte no es una calavera.

Es tu ausencia

como una llanura calcinada.

Una llanura a sol y fuego por el día,  
reverberante y sin un árbol.

Una llanura

damasquinada por la Luna,

una extensión metálica

en la frialdad nocturna.



Si grito, no me oyen.  
Si llamo, nadie viene.  
¿En qué planeta estoy viviendo?  
¡Ah Dios, si lo supiera!  
Estoy muerto,  
tendido al sol y al cielo,  
un cadáver sin ojos,  
picoteado de pájaros.

¿Me oyes, me estás oyendo?  
Ayer no más, el mismo,  
el tuyo para siempre.

Silencio.  
Ni aun el viento.

## **XII**

De todos tus amigos, aun aquellos  
que pedían en vano  
a tu violenta y sacra lejanía  
una sonrisa,  
a tu condescendencia problemática  
el permiso  
de una mirada,  
a tu tranquila voz  
la respuesta a un saludo:  
de todos

yo soy el único exiliado  
sin voz ni voto en la asamblea que presides.  
Yo, que tuve tus labios en los míos,  
de cuántos trucos, redes,  
confidentes  
he de valerme cada día  
para alcanzar apenas  
un mínimo fragmento, una partícula,  
un chispazo tal vez,  
o nada, que es lo más probable,  
de tu persona cotidiana.

Secreto a siete llaves.  
¡Qué situación!  
Por favor, nadie lo diga  
si no quiere humillarme.  
No lo repita nadie.

### XIII

*Le temps est medecin d'heureuse expérience;  
son remède est tardif, mais il est bien certain.*

MALHERBE

Has de saber que esto te pasará.  
El tiempo es un médico sabio.  
Tarda en curar, mas cura para siempre.

Muy bien, Malherbe,  
muy bien, mi viejo amigo,  
¿y mientras tanto?

#### XIV

No es fácil ¿quién lo dijo?  
cortar de un golpe el férreo cable  
con que está el barco unido al muelle.  
Las olas son las olas y no pueden.  
El viento, menos.  
(Lo han confesado muchas veces.)  
Por eso no te creo  
cuando me dices que tu fuerza es tanta  
como para meter en una cápsula  
serpientes y palomas,  
el viento oscuro del deseo,  
los resplandores de los celos,  
la duda, el grito, los gemidos,  
el acezar eléctrico de los finales espasmódicos,  
y la ternura gratuita,  
rosada y desenvuelta  
como una serpentina silenciosa;  
todo el placer y todos los remordimientos.  
Todo lo nuestro, te diré.  
¿Eso es posible? ¿Y lo que viene?

A ver, dime si puedes,  
como me pasa a mí, quedarte seria y triste  
durante cuatro siglos; o pensar que has muerto.  
Sentirte ya vacía de ti misma.  
Saber que si te faltó te faltarás también.  
Dime si en la alta noche  
despiertas con un susto en el estómago  
como ocurre en las vísperas de examen.  
Dime si es que me sientes marchar,  
sombra de tu persona,  
pegado a tu esqueleto.  
Dime si necesitas  
ver con mis ojos, hablar con mis palabras,  
y no querer, y no querer, rebelde y arrastrada  
por una fuerza tensa, seca, ciega,  
por una fuerza simple,  
una gran fuerza.

Qué me vas a decir, carajo, si eso  
no hay quien lo aguante ni lo sufra.  
Claro, cuando has querido.  
Hay que poner las cosas en su sitio.

## XV

*Como yo te he querido, desengáñate,  
así no te querrán.*

BÉCQUER

Aquí se acaba este poema.

Es tuyo, aunque no puedas destruirlo.  
Una suspensa bruma melancólica  
flotando en mis abismos  
fija tu rostro, lo organiza,  
me ofrece tu mirada, tu peculiar  
sonrisa y la expresión  
como de un cándido reproche,  
como de una callada reprimenda por  
algo que no te agrada totalmente.  
Recuerdo frases, situaciones, vísperas,  
el lejano comienzo, esta ruptura,  
todo lo tuyo fino y tierno que hay en mí,  
que te agradezco, y no con unas gracias  
cortesanas, sino de las que no se dicen  
porque están en lo hondo de uno mismo  
aunque jamás se sabe exactamente dónde.

Bécquer, cuya tristeza me acompaña,  
en cuya voz la vida pasa  
con sus morados velos fúnebres,

me da en este momento la nostalgia,  
el sostén necesario,  
la suave luz para decirte  
lo que yo te he querido  
y lo que no te querrán. Pregúntale,  
y que lo diga él.

No sé si despedirme, ni qué haré  
cuando ya no te vea. De qué modo  
voy a morir. En qué tugurio,  
en qué mazmorra, en qué mendigo, en qué  
paloma, en qué arrecife o cementerio,  
junto a qué río, en qué miseria o cruz.

Ay, ojalá sea  
en algún sitio de la primavera  
húmedo al beso de la luna nueva,  
donde tiemblen campánulas sonando  
en saludo a tu fúlgido regreso,  
y vengas tú  
con lentas flores de naranjo  
por entre aplausos y corales.

Pero vuelvo a decirlo,  
no sé si esto será inocencia y fiel candor,  
si no será tal vez pedir más de la cuenta.

De veras que no sé.

## Contenido

|                                                  |    |
|--------------------------------------------------|----|
| Palabras al lector                               | 5  |
| Poemas iniciales <i>Cerebro y corazón</i> (1922) | 7  |
| La balada azul                                   | 9  |
| Otros poemas iniciales (1922)                    | 13 |
| Al margen de mis libros de estudio               | 15 |
| <i>Poemas de transición</i> (1920-1930)          | 19 |
| La voz desconocida                               | 21 |
| Tu recuerdo                                      | 22 |
| Piedra pulida                                    | 23 |
| Canción filial                                   | 24 |
| <i>Motivos de son</i> (1930)                     | 27 |
| Negro Bembón                                     | 29 |
| Mulata                                           | 30 |
| Si tú supiera...                                 | 31 |
| Sigue...                                         | 32 |
| Hay que tené boluntá                             | 33 |
| Búcate plata                                     | 34 |
| Mi chiquita                                      | 35 |
| Tú no sabe inglés                                | 36 |
| <i>Sóngoro cosongo</i> (1931)                    | 37 |
| Prólogo                                          | 39 |
| Llegada                                          | 41 |
| La canción del bongó                             | 43 |
| Pequeña oda a un negro boxeador cubano           | 45 |
| Mujer nueva                                      | 48 |
| Madrigal                                         | 49 |
| Rumba                                            | 50 |
| Velorio de Papá Montero                          | 53 |

|                                                                    |     |
|--------------------------------------------------------------------|-----|
| Quirino                                                            | 56  |
| Secuestro de la mujer de Antonio                                   | 57  |
| Pregón                                                             | 59  |
| <i>West Indies Ltd.</i> (1934)                                     | 61  |
| Palabras en el trópico                                             | 63  |
| Balada de los dos abuelos                                          | 66  |
| Madrigal                                                           | 69  |
| Sabás                                                              | 70  |
| Nocturno en los muelles                                            | 72  |
| Sensemayá                                                          | 74  |
| El abuelo                                                          | 76  |
| Caminando                                                          | 77  |
| West Indies, Ltd.                                                  | 79  |
| Lápida                                                             | 92  |
| Guadalupe W. I.                                                    | 93  |
| <i>Cantos para soldados y sones para turistas</i> (1937)           | 95  |
| No sé por qué piensas tú                                           | 97  |
| Diana                                                              | 99  |
| Elegía a un soldado vivo                                           | 101 |
| <i>España, poema en cuatro angustias y una esperanza</i><br>(1937) | 107 |
| Angustia primera                                                   | 109 |
| Angustia segunda                                                   | 111 |
| Angustia tercera                                                   | 112 |
| Angustia cuarta                                                    | 113 |
| La voz esperanzada                                                 | 116 |
| <i>El son entero</i> (1947)                                        | 123 |
| Guitarra                                                           | 125 |
| Sudor y látigo                                                     | 127 |
| Ébano real                                                         | 129 |
| Son número 6                                                       | 132 |
| Cuando yo vine a este mundo                                        | 135 |
| Una canción en el Magdalena                                        | 138 |



|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| Elegía                                      | 141 |
| Son venezolano                              | 143 |
| Barlovento                                  | 145 |
| Glosa                                       | 148 |
| Palma sola                                  | 151 |
| Agua del recuerdo...                        | 152 |
| La vida empieza a correr...                 | 154 |
| Pero que te pueda ver                       | 155 |
| El negro mar                                | 156 |
| Ácana                                       | 158 |
| Iba yo por un camino                        | 160 |
| La tarde pidiendo amor                      | 161 |
| Rosa tú, melancólica                        | 163 |
| <i>Elegías (1948-1958)</i>                  | 165 |
| Elegía cubana                               | 167 |
| El apellido                                 | 173 |
| Elegía a Emmett Till                        | 179 |
| Elegía a Jacques Roumain                    | 183 |
| Elegía camagüeyana                          | 191 |
| <i>La paloma de vuelo popular (1958)</i>    | 199 |
| Arte poética                                | 201 |
| Un largo lagarto verde                      | 203 |
| Canción de cuna para despertar a un negrito | 205 |
| La muralla                                  | 207 |
| Casa de vecindad                            | 209 |
| Canción puertorriqueña                      | 211 |
| Ríos                                        | 213 |
| Bares                                       | 214 |
| Epístola                                    | 216 |
| <i>Tengo (1964)</i>                         | 221 |
| Canta el sinsonte en el Turquino            | 223 |
| Balada                                      | 226 |
| La sangre numerosa                          | 228 |
| Tres sonetos en que se habla del Ávila      | 229 |

|                                              |     |
|----------------------------------------------|-----|
| <i>Poemas de amor</i> (1967)                 | 233 |
| Alta niña de caña y amapola                  | 235 |
| Un poema de amor                             | 237 |
| Piedra de horno                              | 240 |
| Jugabas con un lápiz...                      | 242 |
| Soneto                                       | 243 |
| Tercera canción                              | 244 |
| Nada                                         | 245 |
| <i>La rueda dentada</i> (1972)               | 247 |
| Digo que yo no soy un hombre puro            | 249 |
| A veces...                                   | 251 |
| Canción                                      | 252 |
| Che Comandante                               | 253 |
| Elegía por Martín Dihigo                     | 256 |
| <i>El diario que a diario</i> (1972)         | 257 |
| Epístola                                     | 259 |
| <i>En algún sitio de la primavera</i> (1966) | 263 |
| Elegía                                       | 265 |

*Palabras en el trópico. Antología Nicolás Guillén*  
se imprimió en junio de 2025  
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura,  
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela.  
Son 2.000 ejemplares

Nicolás Guillén es la voz poética más emblemática de Cuba y uno de los pilares de la literatura afrocaribeña del siglo XX. Su obra, profundamente rítmica y comprometida, fusiona el lenguaje popular con el verso culto, dando vida a una poesía vibrante que canta al pueblo, denuncia la injusticia y celebra las raíces africanas de América Latina. Desde el son cubano hasta la crítica social, Guillén transforma el poema en un puente entre culturas, en una bandera de identidad y resistencia. En este volumen, el lector encontrará una antología que refleja el afecto irrenunciable que ligó a Guillén con Venezuela, sus grandes intelectuales y las aspiraciones más preciadas de la nación. Esto explica, que Vicente Gerbasi, también huésped de Guillén en La Habana, de vuelta a sus lares, no dudara en calificarlo de cónsul espiritual de los venezolanos.

#### NICOLÁS GUILLÉN

(CAMAGÜEY - CUBA, 1902 - LA HABANA, 1989)

Es ampliamente reconocido como uno de los más importantes exponentes de la poesía afrocubana y una figura clave en la literatura y la cultura cubana del siglo XX. Escribió una serie de libros de poesía, entre los que destacan: *Motivos de Son* (1930), *Sóngoro Cosongo* (1931), *West Indies Ltd.* (1934) y *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937). A lo largo de su vida, Guillén desempeñó un papel importante en la promoción de la cultura y el arte cubano. Fue miembro activo de la vanguardia literaria cubana y colaboró en diversas revistas y publicaciones. Además de su labor como escritor, también trabajó como periodista y diplomático representando a Cuba en el extranjero.



Gobierno Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura

